



Instituto Superior de Letras

Eduardo Mallea (A-1369)

Carrera:

Redactor especializado en textos académicos

**LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD
LA ESCRITURA DE LA NOVELA COMO PROCESO
DE APRENDIZAJE**

Tutor/a: Adriana Santa Cruz

Autor: Patricia V. Mejalelaty

Fecha de entrega: 15 de noviembre, 2014

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
ACERCA DE LOS PROCESOS CONGNITIVOS DEL ESCRITOR	5
COCINA DE AUTOR: UN RECORRIDO JUNTO A LOS MAESTROS DE LA LITERATURA..	9
¿Y AHORA QUÉ? HACIA UNA DEFINICIÓN DEL PROBLEMA RETÓRICO Y DE LA ETAPA DE PLANIFICACIÓN	18
CUANDO SOLO RESTA SENTARSE A ESCRIBIR. ENTRE LA ESCRITURA Y LA REVISIÓN	29
CONCLUSIONES	34
ANEXO	36
BIBLIOGRAFÍA.....	64

Antes de comenzar quisiera agradecer enormemente el apoyo recibido de mi tutora y del Instituto Mallea, que me acompañaron y me brindaron las herramientas necesarias para que pudiese cumplir con lo que me había propuesto. También, quisiera agradecer a mi marido y a mi hija, a mi familia, a mis amigos, a todos aquellos que con sus palabras de aliento y con sus sabios consejos me ofrecieron el apoyo que necesitaba para llegar hasta acá.

La prosa es arquitectura, no decoración de interiores y el Barroco ha finalizado.

Ernest Hemingway¹

INTRODUCCIÓN

Cuando las excusas se acaban, aparece la última oportunidad. Comencé la carrera de Redacción en el Instituto Mallea con el fin de concretar un deseo profundo: escribir una novela. La decisión tomada me sumergió en un camino de aprendizajes, que disfruté paso a paso. Sin embargo, llegado el último año, sentí que me alejaba de aquello que me había impulsado a regresar a las aulas. Cuando la decisión de abandonar mis estudios parecía tomada, una conversación con mi tutora abrió una luz en el camino. Podía dedicar mi año a escribir ficción y a realizar un análisis metacognitivo del proceso vivido, lo cual prometía enriquecerme aún más.

Fue entonces cuando me enfrenté con una verdad difícil de aceptar. Si no lo lograba, sería el final de una ilusión alimentada durante años. Ahora o nunca, me decía. Terrible pero, de alguna manera, aliviador.

El objetivo de este ensayo es, pues, describir el recorrido realizado a lo largo de estos meses. El análisis del proceso de escritura de la novela que deseo redactar contribuirá, sin lugar a dudas, a mi formación profesional ya que me permitirá adquirir nuevas herramientas para abordar en el futuro esta tipología textual.

Mi punto de partida no fue muy promisorio: no poseía tema ni historia alguna por contar. ¿Por dónde empezar? Las pautas dadas por mi profesora me marcaron un sendero. Y fue siguiéndolo que —ante mi propio asombro, lenta y trabajosamente— comencé a avanzar.

Este ensayo se estructura a partir de cuatro partes. La primera describe la investigación realizada en torno a cómo los escritores competentes encaran sus escritos. Mi expectativa es identificar los aspectos del proceso de escritura en los que debo lograr una cierta maestría, si deseo cumplir con la meta de redactar una novela. La segunda se centra en los consejos extraídos de las palabras de autores consagrados. Espero enriquecer mi tarea a partir de la experiencia de quienes se han encontrado con la hoja en blanco y han resuelto

¹ Traducción propia del original inglés de W. SAFIRE y L. SAFIR (1992) *Good Advice on Writing*, New York: Simon & Shuster, Inc. p.88.

situaciones similares a las que enfrentaré. La tercera explicita las etapas que atravesé para estructurar el problema retórico y la planificación del texto. Aspiro a llevar a cabo un proceso de metacognición que favorezca la reflexión acerca de la tarea emprendida. En la cuarta, se detallan los procesos de escritura y de revisión que me permitieron arribar a una versión final. Confío en que el análisis de los procedimientos llevados a cabo me permita objetivar algunas prácticas puestas en juego, lo cual contribuirá al aprendizaje que espero efectuar. En el anexo, los primeros cuatro capítulos de la novela.

A continuación, casi un diario de mis últimos ocho meses de vida. La historia del camino transitado, en definitiva, el relato de una ilusión.

ACERCA DE LOS PROCESOS CONGNITIVOS DEL ESCRITOR

En un mundo basado en la transmisión de información, escribir bien ya no es un lujo, sino una cuestión de supervivencia. En agosto del 2011, Eric Schmidt, director de Google, expresaba en un reportaje efectuado por el Diario El Mundo que la humanidad había creado desde sus inicios hasta el 2003 una cantidad de información equivalente a cinco exabytes. En el año en el que se llevaba a cabo la entrevista, esa cifra se generaba cada dos días.² Con el paso del tiempo, la necesidad de redactores profesionales fue cada vez mayor.

Desde los años 90, distintas investigaciones buscaron desentrañar cuáles eran las competencias que el escritor profesional debía poseer. Consideré —siguiendo las sugerencias de mi tutora— que estudiar este tema me brindaría un punto de partida para descubrir aquellos aspectos que debía desarrollar como redactora para encarar la escritura de una novela.

Para abordar la tarea, comencé la lectura del texto de Daniel Cassany, *Describir el Escribir*. Las teorías por él expuestas me ofrecieron una nueva forma de pensar la labor que tenía por delante. Entre ellas tomó especial valor la de Noam Chomsky, en la cual destaco los conceptos de competencia y de actuación.

...para componer un texto comunicativo el autor debe dominar un variado conjunto de estrategias, que le permitan aplicar los conocimientos del código, generales y abstractos, en cada situación concreta [...] Resumiendo, el autor debe desarrollar un buen *proceso de composición* que le permita producir textos con los signos y reglas del código escrito. (Cassany, 1993: 17)

Esta conceptualización me permitió comprender que mi dificultad mayor no radicaba en el manejo del código escrito —nunca totalmente libre de errores, por cierto—, sino en mi desconocimiento del proceso de composición de la novela como tipología textual.

Centré mi atención, a partir de entonces, en cómo los escritores competentes estructuran sus escritos. Cassany menciona tres etapas bien diferenciadas: la definición del problema retórico, la planificación (que incluye la generación y el ordenamiento de ideas) y, por último, la escritura y la revisión. (Cassany, 1993: 12)

² R. J. MOORE “¿Cuántos datos se crean al día en Internet?” [en línea], *El Mundo*, 8 de agosto, 2011, [consultado el 5 de julio, 2014]. Disponible en: <http://www.elmundo.es/elmundo/2011/02/08/navegante/1297179889.html>

Tras esta definición, percibí que mi problema tenía dos focos: por un lado, la generación de ideas, que Linda Flower y John Hayes denominan “deficiencias de contenido” y, por el otro, la estructuración de la novela en sí.

Para abordar el primer aspecto, ambos investigadores sugieren que la búsqueda de información debe realizarse tanto en la memoria de largo plazo del escritor como en otro tipo de fuentes, entre las que mencionan, libros, fotografías o videos. Los recuerdos, indica Flower, algunas veces aparecen completos y otras, como conceptos sueltos, fragmentarios o contradictorios. De todas formas, nutren la imaginación del escritor y funcionan como un disparador para la creación. “Una parte de esta actividad [la generación de ideas] —explica— consiste en adecuar estas informaciones a las nuevas necesidades del texto, de los objetivos que tengamos y de la audiencia”.

Percibí, así, que las lecturas que había efectuado, comenzaban a complementarse. ¿Acaso no había sido García Márquez, quien había hecho referencia a este proceso al expresar que “la imaginación es una facultad especial que tienen los artistas para crear una realidad nueva a partir de la realidad en que viven”?³

Tal vez había encontrado una forma de abordar la etapa inicial del proceso de creación de una novela. Primero me ocuparía del problema retórico. Una vez definido, con el fin de generar ideas, comenzaría una investigación.

En esta instancia, dejé por un tiempo la lectura de Cassany y comencé tres procesos paralelos. En primer lugar, releí algunas novelas del género sobre el cual deseaba escribir. Quería sumergirme en ellas como si de esa manera pudiese captar parte de su secreto. Necesitaba analizarlas en detalle. Buscaba entender tanto sus aspectos más básicos —cuántos capítulos las conformaban y de qué extensión— como aquellos más complejos, por ejemplo, la manera de estructurar una idea argumental.

En segundo lugar, amplié mis lecturas teóricas para buscar el consejo de maestros de escritura creativa. Fue entonces cuando abordé el texto *The Anatomy of Story*⁴, de John Truby. El autor norteamericano analiza la estructura de algunas obras llevadas a la pantalla

³ GARCÍA MÁRQUEZ, G. “Fantasía y Creación Artística en América Latina y el Caribe” [en línea], publicado en *Voces. Arte y literatura*. San Francisco, California, marzo de 1998, número 2, citado en BIBLIOTECA DIGITAL CIUDAD SEVA. Opiniones y consejos de los maestros sobre el arte de narrar, [consulta 1 de mayo, 2014]. Disponible en: <http://www.ciudadseva.com/textos/teoria/opin/ggm7.htm>

⁴ J. TRUBY (2007) *The Anatomy of Story*. New York: Faber and Faber, Inc.

gigante, como son *El Padrino*, *La guerra de las galaxias* y *Tootsie*. Gracias a esta lectura encontré respuesta a varias de las preguntas que me había planteado: pude entender de qué forma los autores presentaban a los protagonistas y a los antagonistas, cómo definían el tiempo y el espacio o con qué estrategias desarrollaban el conflicto y llegaban al clímax que desembocaba en el desenlace final.

Asimismo, para aprender a estructurar una novela, recurrí a *Scene & Structure*⁵, de Jack Bickham, y a *Plot*⁶, de Ansen Dibell. Luego de analizar los componentes que conforman las escenas, el primer autor aconseja reunir las en los tres actos aristotélicos, de forma tal que el conflicto crezca y se complejice ante la mirada atenta del lector.

Dibell, por su parte, define qué es un argumento. En este sentido, explica que se trata de “todo lo que pasa en la historia”. Sin embargo, aclara, debe estar construido solo a partir de “eventos significativos”, entendiendo como tales a aquellos que tienen importantes consecuencias. Los argumentos secundarios, establece, deben desprenderse de una línea central.

Decidí regresar al texto de Cassany y centré mi atención en la formulación de objetivos realizada por Linda Flower y John Hayes. Esto había sido muy novedoso para mí. Así versa el texto:

...se encarga de la elaboración de los objetivos que dirigirán el proceso de composición. Estos objetivos pueden ser de distintos tipos: de *procedimiento* (“...primero haré un esquema...”, “...quiero empezar de una manera divertida...”) o de *contenido* (“...explicaré esto...”, “...compararé los dos edificios...”). En algunos casos los objetivos incorporan ambos tipos de informaciones (“...tengo que relacionar la máquina con las ventajas...”). (Cassany, 1993: 151)

También presté atención a la recursividad mencionada por los autores. Un ir y venir continuos entre el autor y su texto, un verdadero diálogo que permitía corregir todo aquello que fuese necesario a medida que el escrito fuera creciendo.

Me acercaba así a la etapa de redacción. Una vez más, la teoría de Flower y Hayes me brindaba un concepto que desconocía y que creí de utilidad: la prosa del escritor y la del lector.

⁵ J. M. BICKHAM (1993) *Scene & Structure*. Ohio: Writer's Digest Books.

⁶ A. DIBELL (1998) *Plot*. Ohio: Writer's Digest Books.

Está claro que la prosa del lector es la única que asegura una comunicación satisfactoria. [...]. Los buenos autores escriben necesariamente en esta prosa. Para Flower el mejor proceso de composición es el que desde el principio trabaja con prosa del lector. Los autores desarrollan sus ideas y construyen el significado del texto teniendo siempre en cuenta la relación con la audiencia. (Cassany, 1993: 140)

Por último, el modelo teórico hacía referencia a la examinación —compuesta por la evaluación y por la revisión— y al monitoreo, que implicaba “controlar y regular las acciones de todos estos procesos y subprocesos durante la composición”. Esta etapa parecía lejana. De todos modos leí el texto atentamente. Supe que debería regresar a él más adelante, cuando mi primer borrador estuviese escrito, para buscar su ayuda y guía, ya cerca del final.

Tras estas primeras semanas de lecturas teóricas, percibí que poseía nuevas estrategias para abordar la escritura. Sin embargo, el escenario no estaba completo. Busqué, entonces, las palabras de autores consagrados como fuente de guía y de inspiración. Comencé, así, una segunda etapa. Sus conclusiones están en el próximo apartado, a continuación.

COCINA DE AUTOR: UN RECORRIDO JUNTO A LOS MAESTROS DE LA LITERATURA

Tras haber realizado un recorrido teórico en torno a cómo los escritores competentes estructuran sus textos, había llegado el momento de buscar sabiduría e inspiración en quienes se habían enfrentado con la hoja en blanco y con el deseo de escribir ficción. A continuación relato el recorrido realizado junto a los autores que me acompañaron en esta nueva etapa de mi investigación.

Nunca imaginé que fuesen las palabras del filósofo griego Epíteto, las primeras que llamarían mi atención. “Si deseas escribir, escribe”⁷, me arrinconó el filósofo griego, sin más preámbulos. Obvio, pero no tanto, en realidad. Basta de excusas, me decía. La única forma de escribir es comenzar a hacerlo. A pesar del pánico, de la falta de inspiración y de lo que pudiera surgir. “Si deseas escribir, escribe”. Así de simple. ¿Podré?

Stephen Leacock, escritor canadiense del siglo XIX, definió mi dificultad con agudeza: “Escribir no es difícil.”, afirmó. “Toma un lápiz y un papel, siéntate y escribe lo que se te vaya ocurriendo. Escribir es fácil; que se te ocurran cosas es lo difícil”.⁸ “Deficiencias de contenido”, me dije, y con una mueca de “ya lo sabía”, avancé un paso más.

Dado que mi interés específico era escribir una novela, me entusiasmé enormemente cuando leí a Somerset Maugham: “Hay tres reglas para escribir una novela”. Esto es lo que necesito, me dije. Sin embargo, grande fue mi desilusión cuando seguí leyendo: “Desgraciadamente, nadie conoce cuáles son”.⁹ Sola, una vez más, pensé. No tanto, me reté a mí misma. ¿O acaso ya había olvidado que las lecturas de Flower y Hayes me habían ofrecido algunas pautas para comenzar?

¡Cuánto disfruté de las palabras de Leonard S. Bernstein! Sin duda tenía razón:

La inspiración es fantástica cuando ocurre, pero el escritor debe desarrollar un método para el resto del tiempo. El método debe llevar a escribir algo en la hoja de papel. Algo bueno, mediocre o inclusive malo. Es esencial para el proceso de escritura que desaprendamos todas esas seductoras premisas que nos enseñaron

⁷ Traducción propia del original inglés de W. SAFIRE y de L. SAFIR (1992) op. cit., p.72.

⁸ Op. cit., p. 116.

⁹ Op. cit., p. 234.

en la secundaria acerca de esperar el momento de inspiración para empezar a escribir. Esta espera es simplemente demasiado larga.¹⁰

Una vez más, la necesidad de establecer un procedimiento. Pero ¿cómo encontraría algo digno de ser escrito? ¿O la magia estaba en el cómo y no en el qué? A cada paso, los interrogantes eran más. Las palabras de John Fitzgerald buscaron responderme:

Tener algo para decir es una cuestión de noches sin dormir y de preocupación e infinita racionalización de un tema, de siempre tratar de encontrar la verdad esencial, la justicia esencial. Como primera premisa debes desarrollar una conciencia y si tienes talento tanto mejor. Pero si tienes talento sin una conciencia, eres uno de tantos miles de periodistas.¹¹

Rachel Carson, autora norteamericana de *Primavera Silenciosa*, casi me susurró: “La disciplina del escritor es aprender a permanecer quieto y a escuchar aquello que su tema tiene para decirle”.¹² A esto Arthur Schopenhauer agregó: “La tarea del novelista no es relatar grandes eventos, sino hacer que los pequeños hechos sean interesantes”.¹³ De esta forma, comprendí que la antítesis que había planteado era falsa: no era el cómo o el qué. Estaba empezando a entender: era el cómo y el qué.

Según Robert C. Meredith y John Fitzgerald, el tema era el lugar en el cual el autor dejaba en claro su visión, en definitiva, su posición frente al bien y al mal:

En toda declaración de propósitos, el autor debe probar algo acerca de la vida y la única manera en que puede hacer esto es probar que algo es bueno o malo... [...] puede ser que se refleje el pasado tradicional como hizo Jane Austen. O puede desafiar las bases de la sociedad, como hizo D. H. Lawrence. En todo caso, es de suma importancia que el novelista sepa qué representa para sí el bien y el mal.¹⁴

Por su parte, James J. Kilpatrick, columnista y gramático norteamericano, me advirtió de importantes cuidados que debía tener. El lector no perdona, me hizo entender:

¹⁰ Op. cit., p. 125.

¹¹ Op. cit., p. 53.

¹² Op. cit., p. 125.

¹³ Op. cit., p. 68.

¹⁴ Op. cit., p. 104.

No inventes. Irving Stone, quien realiza una investigación minuciosa de los más pequeños detalles, una vez pensó en inyectar un poco de color a la biografía de Raquel Jackson. Puso bandas de aves chillonas en Tennessee a principios de los años 1800. Y recibió cientos de cartas de aficionados a los pájaros que el informaron que las aves chillonas no habían sido importados desde Europa hasta los años 1890.¹⁵

Por su parte, John Irving me indicó:

Conoce tu historia —la historia completa, si fuese posible— antes de enamorarte de tu primera oración, y menos aún, de tu primer capítulo. Si no conoces tu historia antes de empezarla, qué clase de narrador eres. Uno ordinario, mediocre, que arma la historia a medida que avanza, como un común mentiroso.¹⁶

John Gardner coincidió en la importancia de la planificación:

Cuando escribas una novela, empieza con un plan, un argumento cuidadosamente delineado, algunas notas para ti sobre los personajes y sobre los ambientes, sobre los hechos particularmente importantes y sobre su significado e implicancias. En mi experiencia, muchos escritores jóvenes odian este paso; preferirían sumergirse en la escritura.¹⁷

Supe que necesitaba más precisión. ¿Qué quería decir, en realidad, *plot*? Gardner me respondió:

Definimos una historia como una narración de hechos en un tiempo secuencial. Un argumento también es una narración de hechos, pero enfatiza la causalidad. “El rey murió y luego murió la reina” es una historia. “El rey murió, y luego la reina murió de dolor” es un argumento. La secuencia temporal se mantiene, pero el sentido de causalidad aparece. O más aún: “La reina murió, nadie sabía por qué hasta que se descubrió que había sido por el dolor causado por la muerte del rey.” Este es un argumento que conlleva un misterio en su formulación [...] Suspende el tiempo secuencial, mueve tanto como puede la historia y sus limitaciones. Considera ahora la muerte de la reina. Si está en una historia, la pregunta es “¿y entonces?” Si se tratase de un argumento, la pregunta sería ¿por qué? Esta es la diferencia fundamental entre estos dos aspectos esenciales de la novela.¹⁸

¹⁵ Op. cit., p. 65.

¹⁶ Op. cit., p. 233.

¹⁷ Op. cit., p. 166.

¹⁸ Op. cit., p.178.

Clarísima definición. Para planificar el argumento, entonces, me dije, debo prestar atención a la construcción de relaciones causales. A lo cual Ray Bradbury agregó:

Recuerda: el argumento no es más que huellas dejadas en la nieve luego de que tus personajes han pasado corriendo en su camino hacia destinos increíbles. El argumento se observa luego de que ha ocurrido un hecho, no antes. No puede preceder a la acción. Es el esquema que permanece cuando la acción ha finalizado.¹⁹

¿Acaso Bradbury me sugería que el motor del argumento era el personaje? Eloise Jarves McGraw coincidió:

Comienza con el personaje. *Elige a la persona que deseas*. Cuando la hayas elegido, pregúntate:

1. ¿Qué desea esta persona?
2. ¿Qué evita que lo obtenga?
3. ¿Qué hará con respecto a este obstáculo?
4. ¿Cuáles son los resultados de lo que hace?
5. ¿A qué escenario lleva todo esto?
6. Finalmente, ¿obtiene lo que desea o no?
7. ¿Qué fue exactamente lo que dije?

Garantizo esta receta.²⁰

La palabra “receta” resonó en mi interior. El fantasma de la literatura como arte no pudo sino aparecer. Traté de hacer caso omiso al frío que sentí casi como una advertencia. Sacudí la cabeza como queriendo hacer a un lado malos pensamientos... y avancé.

Por su parte, Phyllis A. Whitney, escritora de novelas de misterio, me aclaró que es la motivación la que pone al personaje en movimiento:

Motivación significa *qué es lo que ellos [los personajes] quieren y por qué*. Con una fuerte motivación, tendrás un conflicto potente. Tu personaje principal debe estar peleando por algún tema de vida o muerte. Tal vez, literalmente hablando;

¹⁹ Op. cit., p.42.

²⁰ Op. cit., p.42.

tal vez, porque su felicidad está en juego. En definitiva, siempre la felicidad está en juego.²¹

Ahora bien, si el personaje era el motor de la historia, lograr maestría en su creación no era menor. ¿Cómo delinear personajes que parecieran personas reales, con pasiones, deseos, sentimientos? ¿Sería capaz?

Como si leyese mis pensamientos, Mark Twain, severamente, me señaló: “Los personajes de un cuento deben estar vivos, salvo en el caso de los cadáveres...y el lector siempre debe ser capaz de distinguir los cadáveres de los otros personajes”.²² Por cierto, objetivo no menor.

Joseph Conrad me expresó cómo entendía su misión como escritor: “La tarea [...] es que por la fuerza de mi palabra escrita pueda hacerte escuchar, pueda hacerte sentir..., por sobre todo, hacerte ver. Es esa —y no más que esa— la labor”.²³

A esto, E. B. White, autor de *La telaraña de Charlotte*, agregó: “Brinda un consejo a los jóvenes escritores que deseen comenzar sin más retrasos: no escribas acerca del Hombre, escribe acerca de un hombre”.²⁴

Como si estuviese ante una clase magistral, Barnaby Conrad, artista y escritor norteamericano me sugirió: “Los personajes deben tener algún defecto, alguna polaridad conflictiva, alguna inadecuación, real o imaginaria”.²⁵

Evidentemente, este era un tema en el que debía poner esmero. Cleanth Brooks y Robert Penn Warren llevaron, entonces, mi atención a otro punto clave del proceso de planificación:

Quando un escritor se enfrenta a los materiales borradores para componer su historia, siempre debe determinar el punto de vista, ya que se trata de un principio fundamental sobre el cual organizará su texto y uno de los aspectos que dará forma a su narrativa. Para ello deberá preguntarse: ¿de quién es esta historia? Y antes de responder esta pregunta, le urge responder otra: ¿Quién es el que tiene su destino en riesgo?²⁶

²¹ Op. cit., p. 150.

²² Op. cit., p. 42.

²³ Op. cit., p.20.

²⁴ Op. cit., p.41.

²⁵ Op. cit., p.94.

²⁶ Op. cit., p.96.

Elegidos los personajes y el punto de vista, la pregunta que me surgió fue: ¿cómo poner a los personajes en acción? Malcolm Cowley, novelista norteamericano, hace referencia a una anécdota acerca de cómo encaró este tema Tolstoi:

Una tarde en marzo, 1873, él [Tolstoi] encontró un volumen de cuentos de Pashkin en la sala y comenzó a leer fragmentos en voz alta a su mujer. Quedó sorprendido por la frase inicial de una historia: “Los invitados llegaron a la casa de campo.” “Esa es la forma en que uno debe escribir”, le expresó a Sonja. “Cualquier otro hubiese empezado con describir a los invitados, los cuartos, pero él salta directamente a la acción.” Luego esa misma tarde, Tolstoi fue a su estudio y comenzó *Ana Karenina*.²⁷

Sumergir a los personajes en una escena sin mayores preámbulos, con un fuerte deseo por algo que no pueden obtener, era una indicación compartida por varios escritores. El lector debía interesarse por ellos al punto de querer seguir leyendo. No parecía sencillo. Sidney Sheldon había logrado emocionar a millares de mujeres. ¿Qué podía de ella aprender?

Logras que tus lectores se involucren hasta las lágrimas con tus personajes al implicarte emocionalmente tú con ellos. Tus personajes deben parecerte vivos a ti. Cuando estás escribiendo acerca de ellos, debes sentir las emociones por las que ellos están atravesando —hambre, dolor, felicidad, desesperación. Si tú sufres con ellos y te preocupas de lo que les pasa, también lo harán tus lectores.²⁸

Robert Frost, por su parte, coincidía con estas apreciaciones, cuando expresaba: “Si no llora el escritor, no llora el lector.”²⁹ A esto, agregaba Isaac Asimov:

Recuerda. Lo que perdura en la mente del lector no es la frase, pero el efecto de la frase creada: la risa, las lágrimas, el dolor, el disfrute. Si la frase no afecta al lector, ¿qué hace allí? Reescríbela para que haga lo que tiene que hacer o elimínala sin perdón o remordimiento.³⁰

²⁷ Op. cit., p. 18.

²⁸ Op. cit., p. 83.

²⁹ Op. cit., p. 82.

³⁰ Op. cit., p. 80.

Fue entonces cuando me pregunté cuánto era lo que aportaban los diálogos a que el lector sintiese a los personajes como reales. ¿Cómo hacer para que conversasen entre sí de una forma que no pareciera artificial?

Eve Bunting, escritora norteamericana, nacida en Irlanda del Norte, con más de doscientas cincuenta obras publicadas, no solo quiso explicarme esto, sino que también me sugirió las funciones que el diálogo debía tener en un texto ficcional:

¿Cómo escribir un diálogo lleno de vida y de sentido, que profundice la caracterización de los personajes, que haga avanzar el argumento, expanda el tema y, además, parezca real? Deja que sean tus personajes los que hablen. “Realmente, mi querida, ¿no me importa nada!” Así le habló Rhett a Scarlett en uno de los mejores diálogos que han sido jamás escritos. Con esa frase quiso expresar el final de su paciencia, de su tolerancia y hasta, tal vez, de su amor.³¹

Elizabeth Bowen, de nacionalidad anglo irlandesa también me brindó pautas claras, mas no sencillas de ejecutar:

1. El diálogo debe ser corto.
2. Debe agregar conocimiento al lector.
3. Debe eliminar los intercambios rutinarios de las conversaciones.
4. Debe dar la sensación de espontaneidad pero evitar la repetición de la conversación real.
5. Debe mantener la historia moviéndose hacia adelante.
6. Debe dar cuenta del carácter de quien habla, tanto de forma directa como indirecta.
7. Debe mostrar la relación entre las personas.³²

Edith Wharton, neoyorkina, nacida en 1862, por su parte, agregó: “El diálogo en la ficción debe reservarse para los momentos culminantes y debe ser visto como la espuma que aparece cuando la ola narrativa se rompe y guía la mirada de quien la observa hacia la playa.”³³

³¹ Op. cit., p. 65.

³² Op. cit., p. 67.

³³ *Ibíd.*

Si bien todas estas premisas contribuían a que comprendiese los aspectos clave que debía considerar cuando llegase el momento de escribir la novela, nada me indicaban en torno a cómo redactar un texto de calidad. Por ello, mi indagación prosiguió.

La primera recomendación provino de Voltaire: “Uno siempre debe tratar de ser interesante, más que exacto”³⁴, me indicó el autor francés. John Gardner, cual en un diálogo de café, agregó: “Lo abstracto casi nunca es tan efectivo como lo concreto. ‘Parecía angustiado’ no es ni de casualidad tan bueno como ‘Apartó sus ojos y miró hacia otro lado.’”³⁵ Vladimir Nabokov tomó entonces la palabra y coincidió con ellos: “Acaricia el detalle, el divino detalle”, afirmó. Antes de proseguir mi camino, agradecí, con una sonrisa y con un movimiento de cabeza, la generosidad de los tres.³⁶

Fue entonces cuando me encontré con Guy de Maupassant. Sus palabras me hicieron detener la marcha y me sumergieron en la reflexión: “Sea lo que quiera que desees decir, solo hay una manera de expresarlo, un verbo para ponerlo en movimiento y solo un adjetivo para describirlo”.³⁷ Le faltó agregar: “Tu tarea es descubrirlos y ponerlos en juego. Haz el esfuerzo, novel escritor”.

La dureza de Mark Twain con el adjetivo me llamó la atención. “Con respecto al adjetivo, cuando existe una duda, elimínalo”.³⁸ Así lo expresaba a un joven estudiante:

Noté que usas un lenguaje llano, simple, palabras cortas y oraciones breves. Esta es la manera de escribir inglés —es la forma moderna y la mejor. Sigue así, no dejes que la pelusa, las flores y la verbosidad lo arruinen. Cuando encuentres adjetivos, elimina la mayor parte de ellos, luego el resto considéralo valioso. Ellos debilitan el texto cuando aparecen uno al lado del otro y dan fuerza al escrito cuando están bien separados.³⁹

William Strunk, Jr., profesor de la Universidad de Cornell y autor de *Los elementos del estilo*, convenía en que “La escritura potente es concisa. Una oración no debe conte-

³⁴ Op. cit., p. 18.

³⁵ Op. cit., p. 50.

³⁶ Op. cit., p. 54.

³⁷ Op. cit., p. 247.

³⁸ Op. cit., p. 18.

³⁹ Op. cit., p. 95.

ner palabras superfluas, párrafos de más u oraciones innecesarias, por la misma razón que un dibujo no debe tener líneas sin sentido o una máquina piezas que no necesita”.⁴⁰

Joseph Conrad coincidió: “Una obra que aspira, inclusive de forma sumamente humilde, a tener la condición de arte, debe llevar en sí una justificación de cada línea escrita”.⁴¹

Cuando ya el desafío me parecía demasiado grande, las palabras de Sidney Sheldon no lograron en absoluto tranquilizarme:

Si la pregunta es “¿Debo aspirar alto?” La respuesta es “sí”. No todos los autores podrán escribir la “gran novela americana”. El truco es hacer lo mejor que puedes. Es un hecho poco feliz de la vida que demasiados escritores —al igual que personas en otros campos— se sienten satisfechos con menos de lo mejor que pueden hacer.⁴²

Luego de leer estas palabras, respiré hondo. Haría lo mejor que pudiera. Tendría en cuenta todo lo aprendido. Solo cuatro capítulos, me dije. El tiempo dirá si puedo aspirar a más. Con este pensamiento en mente, y como quien cierra los ojos para dar un salto que lo aterroriza, decidí juntar todo el valor que en algún lugar de mi interior debía estar, y avancé.

⁴⁰ Op. cit., p. 49.

⁴¹ Op. cit., p. 23.

⁴² Op. cit., p. 21.

¿Y AHORA QUÉ? HACIA UNA DEFINICIÓN DEL PROBLEMA RETÓRICO Y DE LA ETAPA DE PLANIFICACIÓN

Cuando solicité autorización para escribir una novela a modo de trabajo final —o al menos, sus primeros capítulos— no sabía que estaba, en realidad, a punto de enfrentar uno de los mayores desafíos que había vivido hasta ahora con relación a la palabra escrita. El pánico se incrementó al darme cuenta de que no tenía una historia o un tema sobre el cual escribir.

Luego de leer la bibliografía sugerida por la cátedra, establecí que la mejor manera de comenzar era definir el problema retórico. Tantas horas junto a Daniel Cassany me habían dejado un claro mensaje.

Jornadas enteras de reflexión y una vivencia me ayudaron a establecer el tipo de novela que deseaba escribir. A lo largo de los pasados meses, había comenzado a leer novelas distópicas, más con el fin de saber cuáles eran los relatos que interesaban a mi hija adolescente y a sus coetáneos que con otro objetivo en mente. Así pasaron por mis manos, la saga de *Los Juegos del Hambre*, que finalicé en un viaje de treinta horas en avión, *Correr o Morir*, que me permitió percibir cuán distinto podía llegar a ser una historia escrita por un hombre a una redactada por una mujer, la trilogía *Divergente* que logró captar mi atención, especialmente luego de haberme enterado de que había sido escrita por Verónica Roth como trabajo final de su carrera de Escritura Creativa, o bien *The Giver*, de Louis Lowry, el único de todos los textos leídos que me impactó por su calidad literaria.

En abril de 2014, la visita de James Dashner a la Argentina y el entusiasmo causado por su presentación entre jóvenes que esperaron horas para verlo en la Feria del Libro, terminaron de convencerme con respecto a un fenómeno que había detectado meses atrás. Había un público adolescente ávido de lecturas para su edad. Textos que representaran un mundo futuro, distinto al de hoy, regido por nuevas reglas, en los cuales los valores humanos se pusieran en juego con fuerte intensidad.

Podría decir, casi con certeza, que esa tarde de sábado en el predio de La Rural, comencé a definir los aspectos retóricos de mi novela —cuánta soberbia al nombrar así a un mero intento de texto coherente—. Mi escrito estaría destinado a un público juvenil. Esto se adecuaba perfectamente al momento de vida en que yo estaba, con una hija adolescente,

sumamente lectora, que podría ser mi primer jurado y juez. Y si el público destinatario estaba elegido, definitivamente, debía tratarse de una novela distópica.

Así versaban mis primeros apuntes:

- Problema retórico
 - o Género: novela
 - o Subgénero: distópico
 - o Audiencia: juvenil (13 a 17 años)

Supongo que no era demasiado, pero era un comienzo. Ahora, debía encontrar una forma de avanzar. Casi sin darme cuenta, empecé a establecer algunos objetivos que debía cumplir a continuación. Linda Flower vino entonces a mi mente. Sin quererlo, estaba siguiendo sus pasos.

Rápidamente, apareció la necesidad de encontrar un tema y de establecer un tiempo y un espacio en los cuales se desarrollaría la novela. También tenía que definir el personaje principal y el punto de vista que adoptaría el texto. A continuación debería escribir un argumento, establecer si se estructuraría en un solo tomo o tal vez necesitaba ya pensar en una trilogía...⁴³

El proceso fue poco prolijo, diría, y tuvo muchas idas y vueltas. Casi caprichosamente establecí un año en el cual la novela se llevaría a cabo. El año elegido fue 2772. ¿Acaso el número setenta y dos no tenía un significado especial en la Cábala? En definitiva, la obra —por la misma definición de su género— debía desarrollarse en el futuro. Este año era tan bueno como cualquier otro; al menos, en esta instancia, así me pareció.

Luego decidí ocuparme del espacio. Todas las novelas distópicas que había leído estaban ubicadas en los Estados Unidos de América. Pues bien, definí que la mía no. La ubicaría en Argentina y el territorio se llamaría Argentina.⁴⁴ Me entusiasmé, entonces, con el nombre. En latín, Argentum significa “plata”. En mi mente se empezó a dibujar, de forma irresponsable, tal vez, los nombres de una posible trilogía. El segundo tomo se llamaría

⁴³Esto último me pareció un poco ambicioso, en realidad, pero no estaba dispuesta en este primer momento de cortar posibilidad alguna.

⁴⁴Sin embargo, algunas consideraciones posteriores me hicieron dudar de esta decisión inicial. Ya llegaremos a ello también.

Platinum y ¿el tercero? Civitus Mundi⁴⁵, me dije. Y de forma totalmente irracional, y supongo que en contra de todo lo que la buena teoría podía establecer, algo se iba formando en mí.

Por un momento quise imaginar que tenía determinado un tiempo y un espacio. No sabía si cambiarían en el futuro, pero era un punto sobre el cual comenzar a construir. Con estas definiciones, me dispuse a avanzar un paso más.

Siempre supe que el personaje principal iba a ser una joven de dieciséis años. Tal vez porque creo conocer mejor a la mujer que al hombre. De esta forma, pensé, el desafío sería menor. La historia sería contada desde su punto de vista, establecí. Continué, entonces, con mis anotaciones:

- Protagonista: joven de dieciséis años
- Punto de vista: de la protagonista

En ese momento tomé otra decisión: la novela sería narrada en primera persona del singular. Creí que a los adolescentes les sería más sencillo identificarse con los personajes de la historia si se les presentaban más cercanos. Por otro lado, la narración en primera persona se asemeja mucho al monólogo interno. Yo me sentía cómoda con esa voz. Con esta definición, que en todo caso luego podría cambiar, estaba lista para seguir adelante.

- Voz narrativa: primera persona del singular

De acuerdo con los distintos textos que había leído⁴⁶, no podía escapar más de establecer el tema sobre el cual quería escribir. Por las lecturas llevadas a cabo, supe que debía tratarse de aquello que querría demostrar, básicamente, al decir de varios autores, tenía que definir mi posición frente al mundo, mi postura ante el bien y el mal.

Precisar el tema de la novela fue un proceso largo, que se fue dando casi sin darme cuenta, mientras la vida de todos los días tenía lugar. Sabía que este punto era esencial y estaba decidida a no apurarme. Intuitivamente, sentí que aquí tenía una oportunidad. Poseo

⁴⁵Ciudad del mundo es su traducción del latín.

⁴⁶Como el de John Meredith y John D. Fitzgerald, *Structuring your novel*, mencionado en la bibliografía.

una posición crítica fuerte frente a diversos problemas que atañen a nuestra realidad y tal vez fuese el momento de hacer algo con ella.⁴⁷

Una nueva sensación comenzó a emerger. Cada paso que daba, abría nuevas posibilidades pero a su vez iba delimitando mi campo de acción. No podía evitar reflexionar que no estaba siendo racional en este proceso de construcción, el cual sí identificaba como funcional a los objetivos que debía cumplir.

Para ordenar los próximos pasos, seguí el esquema planteado por Meredith y Fitzgerald en su libro *Structuring your novel*⁴⁸. Según la promesa de los autores en su introducción, este estudio me ayudaría a construir una novela a partir de una idea inicial.

A esta altura, mis pensamientos rondaban alrededor de dos posibles temas:

- Alternativa 1: si no lo cuidamos, el mundo puede dejar de ser un lugar en el cual podamos vivir.
- Alternativa 2: es imposible ser feliz cuando impera la injusticia social, el temor y la inseguridad.

Finalmente, encontré la forma para que ambos aspectos fuesen incluidos en el texto. La opción dos se convirtió en el eje de la novela e incorporé el punto uno a mi definición y caracterización del espacio.

- Tema: es imposible ser feliz cuando impera la injusticia social, el temor y la inseguridad a nuestro alrededor.

Siguiendo el texto de Meredith y Fitzgerald, mi próximo paso debía ser plasmar el tema en una idea que pudiera servirme para dar nacimiento a una historia. Así la expresé:

⁴⁷La luz de alarma se encendió en este momento en mi interior. Sabía que debía ser cuidadosa. La novela no acepta sermones. De acuerdo, tendría esto en cuenta cuando llegase el momento de redactar.

⁴⁸R. C. MEREDITH, R.C. y J. D. FITZGERALD, J.D. (1993) *Structuring your novel*. New York: Harper Collins Publishers.

- **Idea:** escribir una novela distópica acerca de una joven que desea acabar con la injusticia social establecida, así tuviese que enfrentar sus peores miedos y sacrificar su vida para ello.

A partir de acá, mi desafío consistía en puntualizar el mensaje que deseaba comunicar, es decir, mi visión acerca del bien y del mal.

- **Mensaje:** quiero probar que todos somos responsables de acabar con la injusticia social y que solo en un mundo en el cual los derechos básicos de la población estén garantizados, podremos aspirar a la paz social.

De acuerdo al texto de Meredith y Fitzgerald, debía conjugar los aspectos hasta aquí enumerados en una frase argumental. Así, pues, quedó definido el puntapié inicial de la novela a redactar:

- **Frase argumental:** una joven de dieciséis años supera sus peores miedos para luchar contra la injusticia social.

Las premisas tomadas iban reduciendo aún más mi campo de acción. En efecto, ellas:

- a. Me señalaban que el medio en el cual se desarrollaría la novela sería un mundo de injusticia social.
- b. Me permitían imaginar que mi escrito versaría sobre la lucha para sacar a la sociedad de la injusticia social. Para que ello fuese posible, la protagonista se vería inmersa en una comunidad injusta al inicio de la novela, tendría la oportunidad de salir de ella para ver la problemática en perspectiva y luego regresaría para intentar cambiar esa realidad.
- c. Ubicaban a la protagonista en conflicto con su medio ambiente.
- d. Establecían las bases para la lucha entre los que desde afuera diagramaban un orden social injusto y los que, efectivamente, vivían en él.

- e. Me señalaban la motivación esencial del personaje principal y el objetivo que deseaba lograr.

De esta manera, mi protagonista, a quien a esta altura ya me había acostumbrado a llamar “Kim” (nombre nada argentino, por cierto)⁴⁹, representaría a los jóvenes que pertenecen a una clase social baja, no por elección sino por las circunstancias de la vida, y que luchan por acabar con la injusticia social.

De forma paralela a estos avances, el espacio fue delineándose hasta quedar determinado como dos realidades totalmente separadas, inclusive físicamente, entre sí:

- **Argentina:** es el lugar destruido por el caos medioambiental, donde la vida se había tornado casi imposible por la inseguridad, por el miedo, por el clima, por la pobreza y por la contaminación.
- **Platinum:** es el satélite al cual se habían dirigido las clases pudientes para ponerse a salvo y desde donde buscarían dominar la Tierra. En el momento en el que se desarrolla la novela, la mayor preocupación de los líderes de Platinum era descubrir la cura del virus que atacaba a la población de Argentina. Hallarlo se estaba convirtiendo en una necesidad de vida o muerte. Platinum se encontraba al borde de la superpoblación.
- **Civitus Mundi:** el mundo que se crea en Argentina, en donde cohabitan personas de ambos lugares y en el cual, idealmente, imperaría el bien social.

A partir de aquí, los pasos eran claros. Debía delinear la idea argumental. Para esto, primero necesitaba imaginar a Argentina. Busqué fotografías en las cuales la población se sintiese amenazada por fuerzas armadas; también indagué imágenes relacionadas con situaciones de pobreza, hambre e inseguridad. Algunas ilustraban desastres ambientales fruto de problemas ecológicos o de catástrofes naturales. El proceso me llevó a descubrir que la imagen era para mí un buen disparador para articular ideas y para hacer rodar mi imaginación.

⁴⁹ Probablemente en las etapas de revisión final deberé sacrificar o bien el lugar (Argentina) o bien los nombres de los personajes.

A continuación transcribo mi primer intento argumental. Es importante explicar que luego descubrí que tenía importantes fallas estructurales que me obligarían a rehacerlo. A pesar de ello, expongo esta versión con el fin de dar coherencia a lo que explicitaré más adelante.

- Primer intento argumental

La Tierra había sido arrasada por los desastres ecológicos, fruto de los cambios ambientales. Terribles virus habían comenzado a asolar a la población. Los líderes del mundo decidieron crear Platinum, un satélite en el espacio en el cual poner a salvo a los habitantes de mayores recursos del planeta. Desde allí, intentarían mejorar las condiciones de la Tierra para, eventualmente, regresar. Una vez por año, la fuerza de seguridad de Platinum viajaba a la Tierra para reclutar a los jóvenes más capaces o a los que poseían alguna destreza física. Aquellos que habían perdido un familiar, debían permanecer en sus hogares para apoyar la manutención del resto.

Un virus, más fuerte que los anteriores, ataca a la población. Se decide, entonces, aislar a los enfermos en un galpón y, así, disminuir la posibilidad de contagio. Algunos jóvenes deben colaborar para mantener limpio el lugar.

Los agentes de seguridad de Platinum empiezan a bajar a la Tierra más seguido para ayudar a controlar el virus. Kim, una joven de dieciséis años, no cree que se trate de un verdadero deseo por colaborar. Especialmente, luego de que se llevasen a su padre enfermo. Si bien las regulaciones vigentes establecían que Kim debía permanecer en la Tierra, insistirán en llevarse-la a Platinum. Ella se resistirá pero, cuando los agentes de seguridad se llevan a Gregory, su mejor amigo, se da cuenta de que para salvarlo debe ir al satélite y descubrir dónde está.

Una vez en Platinum, Kim debe comenzar su entrenamiento. Es entonces cuando descubre que se está gestando un plan para aniquilar a la población de Argentia con el objeto de “limpiar” el terreno. Platinum está planeando el regreso de su gente a la Tierra. El reloj se encuentra en tiempo de descuento. El satélite linda con la superpoblación.

Distintas circunstancias llevarán a Kim a descubrir que su verdadero padre es el líder de Platinum y que muchos años atrás se había planificado que ella fuese su sucesora. Su madre había aceptado criar a Kim en Argentina para que pudiera estar mejor preparada para gobernar, cuando llegase el momento. Se esperaba que Kim conociese el terreno y pudiese dominar mejor a quienes estarían bajo su mandato.

Al enfrentarse con esta verdad, Kim no aceptará ser parte del juego de sus progenitores. Luchará contra Platinum para salvar a Argentina de la destrucción total y para unir a ambas comunidades en un orden social basado en la justicia social y en el bien común.

Si bien tenía una estructura básica, sentía que aún no estaba en condiciones de escribir. Pensé que era porque necesitaba un esquema más claro para avanzar. Decidí, entonces, estructurar los contenidos de la novela en tres partes:

- **Parte 1.** Las fuerzas de seguridad llevan a Kim a Platinum, contra su propia voluntad.
- **Parte 2.** Kim se da cuenta de que el verdadero plan de Platinum es acabar con Argentina.
- **Parte 3.** Kim descubre que el líder de Platinum es su padre y que ella es parte de un plan mayor. articulado antes de su nacimiento.

Una vez que hube llegado a este punto, pude percibir que estaba en problemas. Había estructurado tres partes pero me restaba historia por contar. Evidentemente, necesitaba la trilogía. El material para redactar el segundo libro ya lo había imaginado.

Libro 2:

- **Parte 1.** En una de las expediciones a Argentina, Kim comienza a generar una rebelión.
- **Parte 2.** Kim lidera la rebelión de Argentina contra Platinum.

- **Parte 3.** Kim vence a Platinum y busca sentar las bases de una sociedad única (Civitus Mundi), organizada en pos del bien común.

Libro 3:

- **Parte 1.** Kim aspira a reconstruir Argentinia y busca alianzas locales pero no logra que sus habitantes crean en ella. Debido a que la han visto actuar respondiendo a Platinum, la ven como parte de ellos.
- **Parte 2.** Jeff (el guardia de seguridad de Platinum y hermano de Kim) logra aliados para sacar a Kim del poder.
- **Parte 3.** Kim vence a Jeff y decide alejarse del poder para dejarlo en manos de un grupo de Argentinia, que asegurará el bien común.

Este esquema parecía, en principio, razonable. Entonces, decidí focalizarme en el primer libro. El resto de este ensayo versa sobre el trabajo realizado para ello.

Para llenar de contenido las tres partes, estructuré, tal como me aconsejaba Bickham⁵⁰, distintas escenas. Cada una de ellas tendría:

- Un objetivo
- Un conflicto
- Una resolución

Con este ejercicio percibí que estaba cometiendo un error. Me di cuenta de que estaba tratando de crear una novela a partir de la historia de dos lugares, Argentinia y Platinum. Pero esto no era lo que los autores me habían enseñado. Ellos me habían dicho: “Primero elige el personaje cuya historia quieres contar. ¿Qué desea ese personaje? ¿Qué le evita tenerlo? ¿Qué hará para lograrlo? ¿Qué consecuencias tendrán sus acciones para él y para su medio?” A partir de recordar esto, todo comenzó a encontrar su lugar.

El punto de vista sería el de Kim, que comenzaba a sentirse incómoda con su medio y con la realidad que le tocaba vivir. La historia se movería a partir de los distintos desafíos

⁵⁰J. M. BICKHAM, (1993) *Scene & Structure*, Ohio: Writer’s Digest Books.

que ella debería enfrentar. Tendría aliados en cada etapa, que la ayudarían a lograr su fin, y antagonistas que se interpondrían en su camino. La historia sería un proceso de descubrimientos para Kim y para el lector. Habría puntos de giro a partir de los cuales ya nada sería como antes. Trataría de construir un clímax que llevaría al desenlace final. Habría argumentos secundarios dentro del principal: el de sus amigos, el de sus familiares, el de sus aliados y el de sus enemigos. Intentaría ir construyéndolos a medida de que fuese avanzando el relato. Haría mi mejor esfuerzo para evitar perder el foco del conflicto principal. Trataría de mostrar, no decir. Incluiría el diálogo solo cuando fuese necesario con el objeto de quebrar las partes narrativas. Con estas premisas, volví a empezar.

Era esencial, pues, que definiese al antagonista. Cuando comencé a pensar en esto, casi de forma natural, establecí que sería Jeff, un guardia de seguridad de Platinum. Hacia el final del libro dos, Kim y Jeff se enterarían de que eran hermanos.

Con estas decisiones en mente, revisé el argumento y delineé las escenas, basadas en la creación de un estímulo, que obligara a una respuesta o, para decirlo de otra forma, busqué que cada hecho estuviese precedido por una causa y seguido por una consecuencia. El proceso me llevó varias semanas.

Avanzado este objetivo, percibí que algo no estaba bien. Reflexioné mucho hasta entender qué era. Las escenas eran pura acción. Necesitaba unir las. Volví entonces a la lectura teórica y descubrí en Birkham el concepto de secuencia narrativa.

Este recurso, explicaba, estaba conformado por cuatro elementos:

- Las emociones internas del protagonista —aquellas con las cuales emergía de una escena— que debían ser compartidas con el lector.
- La reflexión del protagonista sobre sus propias emociones.
- La decisión que el protagonista tomaría a partir de su reflexión.
- El inicio de la acción, fruto de la medida tomada, que sumergiría al protagonista en la nueva escena.

A partir de este esquema teórico, comencé a planificar mi escrito con mayor detalle. Poco a poco, y de forma muy trabajosa, fueron surgiendo así los distintos personajes. Busqué imaginarlos y en un documento aparte comencé a escribir sus características: la madre de Kim tendría ojos azules y su mirada sería profunda, como si supiese más allá de lo que

sus palabras parecieran decir. Kim sería una joven despierta, arrojada, desafiante, dispuesta a luchar por lo que creía y con una alta sensibilidad social.

Tras días y días de redactar escenas y hacer aparecer nuevos personajes, sentí que el momento decisivo había llegado. Fue de repente cuando supe que estaba en condiciones de comenzar a escribir.

Mis reflexiones en torno a esta etapa serán los contenidos del capítulo que aparece a continuación.

CUANDO SOLO RESTA SENTARSE A ESCRIBIR. ENTRE LA ESCRITURA Y LA REVISIÓN

El proceso de redacción de la novela se inició en un micro y en un celular. Sí J.K. Rowling había escrito su reconocido éxito mundial en servilletas de papel en un bar londinense, me dije con una sonrisa para darme ánimo, yo podía intentarlo en un micro, camino a una excursión. Mi hija, sentada a mi lado, trataba de entender qué era lo que estaba haciendo tan concentrada en el block de notas de mi celular. Así nacieron las primeras líneas: la novela empezaba el día cuando la protagonista debía tomar una decisión que cambiaría su vida para siempre. ¿Acaso las novelas distópicas que yo había leído no comenzaban así?

Este primer juego con mi block digital quedó abortado antes de que llegase a destino. Sin embargo, algunas de sus ideas perduraron. Me preguntaba, por entonces, cómo iba a escribir capítulos formados por cientos de palabras a partir de las escuetas líneas que conformaban mis escenas, plasmadas en un Excel.

Fue una tarde de julio cuando retomé la escritura en mi hogar, en un escenario más formal. Miré las fotos que había recolectado, retomé mis notas y me senté frente a la computadora. Fue llamativa, para mí, la verborragia con la cual repentinamente me encontré. Las frases y las ideas fluían rápidamente, como si hubieran estado contenidas, esperando salir. Aparecían los tramos narrativos, interrumpidos por diálogos y, casi sin darme cuenta, en algún momento, sentí que había llegado al final de aquello que me pareció debía ser el primer capítulo de la novela por redactar.

A este texto siguieron un par de días de silencio. Durante este tiempo, por las noches, releía algunas de las novelas distópicas que estaba utilizando como modelo. Analizaba cómo presentaban a los personajes, cuál era la función del espacio, de qué manera era introducido el diálogo y para qué. Llegué, incluso, a tratar de entender cuál era la extensión que tenían los capítulos de estos libros para jóvenes y a evaluar la longitud de sus párrafos. Me detuve en el tipo de vocabulario, en la extensión de las palabras, en la fuerza que tomaba la acción. Cuando centré mi atención en el proceso que estaba llevando a cabo, me di cuenta de que solo había leído el capítulo inicial de los distintos textos. Sentí, a lo largo de esta etapa, que leía novelas por primera vez.

Pasados unos días, volví a releer el texto que había escrito. Su lectura me parecía sosa. No había forma de que me conformara. Sentí que no lograba poner a la protagonista en acción. El relato comenzaba en su casa, por la mañana, cuando ella aún estaba en la cama. Por momentos sentía que era lo único que iba a hacer durante todo el libro: seguir acosada sin fuerzas, como si nada pudiera hacerla mover.

Repasé, entonces, mis notas teóricas. Respiré hondo y decidí intentarlo una vez más.⁵¹ Iba a cambiar el momento o lugar del inicio del relato. Necesitaba que mi protagonista, al empezar la historia, estuviese sumergida en la acción. Regresé a mi planificación. Revisé los cuatro conceptos sobre cómo redactar una escena: el objetivo del protagonista, el conflicto, los problemas crecientes y la eventual resolución, positiva o no, de la situación. A partir de aquí, tomé algunas decisiones.

Presentaría a mi protagonista en un espacio físico en el cual la lucha contra el medio se mostrase con crudeza (un galpón con muchísimas personas encerradas en cuarentena, infectadas por un virus terminal), la mostraría actuando como el líder que luego debería ser y ya demostrando una fuerte sensibilidad frente a la situación que vivía su comunidad; la enfrentaría desde el momento cero con su antagonista y la haría actuar de forma desafiante (otra característica que espero de ella a lo largo de todo el relato); por último, la situación planteada tendría una resolución negativa y, de esta forma, creía, seguiría construyendo el conflicto general.

Con estas determinaciones, volví a comenzar. Fue entonces cuando el relato tomó fluidez. Escribí, una vez más, sin parar. Sentí en carne propia la angustia y el enojo de mis personajes. Percibí que mi enfado me hacía teclear más rápido y con más fuerza, como si el sonido de mis dedos contra las teclas pudiese demostrar lo que bullía en mi interior. Me llamó la atención sentir que no dudaba acerca de cómo los distintos personajes debían reaccionar. Cada uno tenía un rol específico, respondía distinto a los desafíos y así iban quedando plasmados por sus actitudes, sus reacciones, sus características físicas... Cuando luego de una hora —o tal vez más, en realidad no lo sé— terminé este capítulo, tuve una extraña sensación. Tenía frente a mí un texto que mostraba un mundo que había soñado por

⁵¹ Hubiese sido interesante ejemplificar esta sección. Lamentablemente, he escrito las distintas versiones sobre el mismo documento, con lo cual no me ha quedado registro de los cambios realizados.

meses, y casi no podía creerlo. No me ocupé en esta instancia ni de corregir ni de revisar. Mi mente solo podía pensar en una cosa. Y ahora, ¿cómo debo seguir?

Si el primer capítulo me había sumergido en la acción, el segundo tenía que darme la oportunidad de explicar un poco más. Debía decir al lector qué era lo que estaba pasando, quiénes eran esas personas que aparecían, de repente, unas actuando en forma violenta, otras, con temor. Fue entonces cuando consideré que algunos fragmentos del texto que había desechado, podían serme de utilidad. Recorrí mi planificación de escenas, descubrí que algunas no me llevarían por buen camino y, una vez más, me animé a dejar de lado lo imaginado y a avanzar por un nuevo camino, no muy distinto del anterior, por cierto, pero lo suficiente como para que tuviese un ritmo diferente. En algún momento, que no puedo precisar cuál fue, sentí que el segundo capítulo había llegado a su fin.

Con procesos similares, nacieron el tercero y el cuarto. Por lo general, pasó un tiempo entre la escritura de uno y otro. Como si primero hubiese tenido que imaginarlos, cual si los estuviese viendo en una película. Mientras tanto, por las noches, siempre regresaba a los libros que utilizaba como fuente de inspiración. Y cada vez que los tomaba, aprendía algo nuevo, que podría aplicar.

Es importante mencionar que la escritura no ha sido lineal. Más de una vez interrumpí lo que estaba escribiendo, releí los párrafos redactados con anterioridad, cambié frases, corregí palabras, inserté diálogos... Supongo que a esto se refería Linda Flower cuando hablaba de la etapa del monitoreo. Mi mente estaba en la próxima palabra, pero no dejaba de mirar para atrás.

Fue interesante descubrir, mientras avanzaba, que no solo debía corregir aspectos gramaticales, semánticos o morfológicos. En algún momento llegué a la conclusión de que debía incorporar un personaje adicional. Pues claro, si el amigo y aliado de la protagonista moría en algún punto de la historia, ella se quedaría sin apoyo para lograr el objetivo que se había propuesto. Esto no era posible. Sola no lo conseguiría nunca. Fue así como, en la primera escena, empezaron a pulular varios compañeros de viaje, no fuese cuestión de que los hados del destino acabasen con más de uno de ellos antes de llegar al final.

Recién cuando hube terminado los cuatro capítulos comprometidos, decidí releerlos. Y fue entonces cuando descubrí que, una vez más, había algo que no estaba bien. En esta instancia, comprendí que con el objeto de mover la acción, mis personajes estaban perma-

nementemente resolviendo situaciones, confrontándose entre ellos, asomándose a peligros, sin parar.

Entonces reflexioné: en las novelas que habían logrado movilizar a miles y miles de adolescentes, la acción tenía un rol importante, pero el ritmo era otro. Había algo que a mi texto le faltaba, reflejo de mi poca solvencia, sin lugar a dudas. Me costó mucho encontrar qué era. Finalmente, pude entender. Las novelas que tenía en mis manos se tomaban su tiempo para narrar. Había pausas a la acción. En ellas se brindaba al lector la información que necesitaba para comprender el texto. Se le mostraba los sentimientos de los personajes, a través de sus acciones, pero también a partir de sus observaciones sobre los otros. Básicamente, el escritor se tomaba el tiempo que necesitaba para contar.

Regresé a mi texto, entonces. Quería lograr que su ritmo fuese más armónico. Con esta mirada, y con el cuidado de no enlentecer la lectura⁵², comencé a realizar agregados. Casi los fui salpicando, como si estuviese intentando salpimentar el texto o decorar una torta, un poquito aquí, otro poquito allá.

Luego de tantas idas y vueltas, lecturas y relecturas, creí que necesitaba una mirada externa. Recurrí a mi marido, ávido lector de textos de ficción. Me preocupaba que el texto brindase al lector la información que necesitaba para adentrarse en la historia. Yo me encontraba tan sumergida en ella que no podía saber si no se daban demasiadas cosas por supuestas. Dicho y hecho. El veredicto fue terminante. Y me llevó, por cuarta vez, a reescribir. Ya no fueron frases las que comencé a insertar para agregar la información que faltaba. En algunos casos fueron párrafos enteros. Traté de medir mis incorporaciones. No quería dar tanta información como para que no quedase nada por imaginar o descubrir después. Tal vez lo haya logrado, tal vez, no. Pero hice mis mejores esfuerzos por alcanzar un equilibrio entre lo que debía decir y aquello que no.

Tras unas semanas retomé el texto para comenzar una revisión formal. Puse toda mi atención en aquello que sabía que eran mis puntos débiles: las palabras repetidas, los conectores de inicio de oración, frases largas fácilmente reemplazables... Traté de identificar si el texto tenía coherencia y cohesión. Revisé la puntuación, refiné los términos, busqué verbos más precisos, eliminé adjetivos innecesarios, incorporé sinónimos, presté especial atención

⁵² A lo largo de todo el proceso siempre tuve en cuenta que estaba escribiendo para adolescentes acostumbrados a la velocidad del zapping, a la poca paciencia y a una forma visual de aprehender la realidad.

a las comas. Fue así como alcancé, luego de varios avances y retrocesos, la versión definitiva. Mi tutora tendrá el veredicto final. Solo me resta, pues, la conclusión. Cerrar este texto me da temor, pues sé que ya no habrá más dos alternativas sino solo una: volver a la novela o perder esta última oportunidad.

CONCLUSIONES

Todo largo camino comienza con un paso. El que yo estaba recorriendo había empezado varios meses atrás. De la mano de las distintas investigaciones realizadas, había comprendido un tema no menor: la diferencia sustancial que existe entre el redactor y el escritor de ficción.⁵³ El primero –pude determinar– era capaz de escribir con calidad todo tipo de textos; el segundo tenía las herramientas para realizarlo de manera artística.

Ya por ese entonces me preguntaba si valía la pena pretender escribir ficción, si no era capaz de dar a mis escritos un tratamiento literario que los pusiese en el anaquel de la literatura de calidad. A pesar de ello, y aun sabiendo que no era capaz de eso, traté de cumplir con un sueño, el que me había propuesto tres años antes, en realidad, cuando había dado inicio a la carrera de redactor.

A pesar de esta decisión, no pude deshacerme de la pregunta inicial. Esta apareció de forma recurrente a lo largo de todo el proceso. Cuando me topaba con autores que hablaban de recetas, cuando leía algún libro cuyo autor me maravillaba por su forma de escribir, cuando revisaba mis propios escritos y veía cuán lejos estaba de lograr la magia del verdadero escritor.

Hoy, casi ocho meses después de que la pregunta hubiese surgido por primera vez, sigo sin tener una respuesta. La redacción de este ensayo, no obstante, me da algunas esperanzas. Durante años pensé que el sueño de escribir una novela iba a quedar en mí como uno de esos deseos nunca logrados, como el de la vieja solterona que de por vida anhela un amor que sabe que nunca va a llegar.

Sin embargo, gracias al apoyo de mi tutora me animé a avanzar. Requirió coraje y determinación. También, aprender a ser condescendiente conmigo misma y aceptar que, en esta instancia, únicamente me focalizaría en adquirir un procedimiento para estructurar una novela. No pediría a esta etapa ir más allá. Ya vendría el tiempo, más adelante, en el cual pensar en cómo escribirla con arte. Me obligué a tomar esta afirmación como premisa de trabajo y, solo así, me di permiso para avanzar.

Gracias a ello, pude disfrutar de meses de profundo aprendizaje y de reflexión. Adquirí técnicas y procedimientos, ya lo creo, pero por sobre todo me enriquecí personalmente

⁵³ Entiendo como escritor de ficción a aquel autor que logra brindar un tratamiento artístico a sus textos.

a partir de lecturas teóricas y de su confrontación con la práctica profesional. Descubrí la magia de leer como escritor y esto me marcó profundamente. Tal vez adquirí la llave que me ayudaría, en el futuro, a regresar al arcón de los antiguos deseos, removerlos y soltarlos a volar.

Aprendí, en definitiva, que ningún texto es solo fruto de la inspiración. Que hay mucho trabajo, esfuerzo y horas de dedicación tras cada palabra que nos asombra o nos deja sin habla al ser leída. Percibí, por cierto, que el escritor es un hombre de coraje, que no le teme al rechazo o a la soledad; que su verdadera vida se juega en ese diálogo eterno que sostiene con sus obras y con sus personajes, quizás, porque es la única manera en la cual sabe vivirla o, como dijo Camus, porque no encuentra otra forma de dar sentido a su propio existir.

Me sorprendí, también, al darme cuenta –casi como si lo estuviese pensando por primera vez– de que no solo los mejores autores logran ser publicados. El mercado editorial está lleno de obras que no son artísticas y que, pese a ello, se venden a granel. Pude reflexionar, entonces, acerca del valor del marketing editorial. En algún momento me pregunté, haciendo *mea culpa*, si el deseo de estructurar una novela distópica no tuvo mucho que ver con la corriente existente que percibe este género como fenómeno editorial.

Hoy no sé si podré completar la novela, más allá de esta primera aproximación. Desconozco si tendré la fuerza, la constancia y las energías que esta tarea requerirá. Sin embargo, mi agradecimiento no tiene límites. A mi profesora, al Instituto Mallea, a mi marido y a mi hija, a mi familia y a mis amigos. Como lo dije en la introducción, a todos los que creyeron que, tal vez, valía la pena probar.

En el Anexo, cuatro meses de mi vida y solo una intención: la esperanza de que no se escape, sin al menos haberlo intentado, mi última oportunidad.

ANEXO

*Un virus es un arma letal que se expande
como un rayo en el tiempo y en el espacio.
El hombre no puede contra él.
Tal vez los dioses puedan, si así lo quieren.
Y si deciden bajar del más allá.*

CAPÍTULO 1

No me hizo falta mirar para saber que habían entrado. Algunas presencias se perciben segundos antes de que hayan aparecido.

El galpón parece hoy más sofocante y ensordecedor que la semana pasada. Los ruidos de los metales, los gritos de desesperación y lamento se confunden con los bramidos de dolor por las llagas a flor de piel. El ambiente está tan viciado que nada logra disminuir el hedor a putrefacción que solo tiene la carne en descomposición. Son nuestros seres queridos y, sin embargo, ya casi nada queda de ellos. Solo nuestro deseo de encontrar una cura, que parece no llegar.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡A moverse!

Las voces de los agentes de seguridad de Platinum suenan más ásperas que nunca. Así son los días de la limpieza. Alaridos que atraviesan el alma de los que se van y de los que nos quedamos, también.

—¡A los que ya tienen un mes acá, los sacan afuera! Sin excepción. Vamos, vamos. ¡No tenemos todo el día!

Albert me mira y pateo un tacho. La orina se desparrama por el piso y el hedor se mezcla con el olor a alcohol, a desinfectante y a lavandina. Su rostro tiene las ojeras de noches sin dormir y el odio de quien no entiende lo que está pasando, pero que lo sabe injusto.

Él no es el único que piensa así. Cuando una sociedad se divide en dos, los que menos tienen siempre sufren. Si encima los más ricos construyen una realidad paralela a miles de kilómetros de donde el desastre se encuentra y desde allí bajan, de tanto en tanto, para gritar y para dar órdenes, el sentimiento de sinrazón se intensifica y uno se pregunta cuánto falta para que se convierta en rebelión.

Albert es mi amigo de la infancia. Crecimos juntos y sé que lo que está viviendo es más de lo que puede soportar. El sufrimiento ajeno lo quiebra y es casi lo único que hace desaparecer al ser frío y calculador que lleva adentro y que todos hemos padecido alguna vez. Hace un par de años, me contó que le encantaría ser biólogo molecular. A veces me pregunto si podría. Igual, no sé si tiene sentido pensarlo. Los de Argentinia no tenemos esa posibilidad.

Con la mirada llena de angustia, se acerca a María, la mamá de Gregory, que yace inconsciente, ardiendo de fiebre, con moretones en todo el rostro.

—¡No puedo hacerlo!— me dice y con el puño pega en la pared, como si así pudiese descargar días de impotencia. Me pongo en cuclillas a su lado, tomo la gasa que tiene preparada con el ungüento destinado a paliar el ardor de las heridas, que infaliblemente se abren, y apoyo mi mano en su espalda. Algunos gestos a veces intentan cubrir la falta de palabras.

—Yo me ocupo— le susurro, buscando llevarle tranquilidad. Dejo la gasa junto a María y recojo de los estantes improvisados en la pared un paño con una marca celeste. Son los que han sido esterilizados por las mujeres que, desde sus casas, se dedican a las tareas de lavandería. Luego, me acerco a la tinaja que está cerca de la puerta, unos pasos más allá, y lo sumerjo en la poca agua fresca que todavía queda.

El colchón de María está roto y mojado. Los resortes se disparan. Seguro que tiene alguno clavado en su espalda. La fiebre no le baja desde hace tres días y su cara tiene cortes y marcas de sangre. En la inconsciencia, rascó su piel hasta dejarla en carne viva. Trata de hablar, pero no le salen las palabras. Tampoco creo que se dé cuenta de ello. Cubro su frente con el trapo frío. Sus ojos tienen esa mirada perdida de los que están entre dos mundos, esperando que una puerta se cierre para que otra se abra.

Un rugido lastimoso me aturde.

—¡No! ¡No, se lo lleven! Se va a poner bien... por favor... por favor...

Giro la cabeza y en el fondo de la sala lo veo. Es Timothy. Me quedo mirándolo, vacía, impotente. Sus ojos están más pequeños que de costumbre y sus cabellos rojizos, despeinados, empapados por el sudor. Está arrodillado junto a un colchón que ya se parece más a un féretro que a una cama de hospital. Su padre entró al galpón hace un mes y medio. Y su fin se muestra irremediabilmente cerca.

Nada detendrá a los guardias de seguridad. Parece que disfrutaran con ello. Harán lo que vinieron a hacer y luego se irán. Solo volverán en quince días. Traerán algo de comida, evaluarán la situación y luego partirán. Es como si la única intención de esa avanzada fuese calcular el tamaño que deberá tener el contenedor para llevar, a fin de mes, las cenizas de lo que alguna vez fue o los cuerpos ya demasiado roídos como para ser dignos de permanecer. Miradas subjetivas, que nada podrá hacer cambiar. Aunque nadie se anime a mencionarlo,

todos sabemos que también evaluarán a quiénes, sin motivo alguno, acarrearán con ellos al más allá. Es inútil preguntarlo. Nadie brinda a los débiles un porqué.

Así vivimos desde hace más de dos años, cuando el virus estalló por primera vez. El virus de la pobreza, le dicen los de Platinum. El de la injusticia, refutaría yo. Víctimas inocentes de verdugos implacables que no saben sino generar terror para tapar el caos creado hace mucho tiempo ya.

Los mayores dicen que la vida no fue siempre así. Hubo un tiempo en el que no existía la contaminación ambiental, la sequía, los volcanes en continua erupción o los tornados; un tiempo en el cual no había agujero de ozono y usar aerosoles no era un pecado capital; un tiempo en el que las tormentas eran tan solo un poco de lluvia de tanto en tanto, con viento o con granizo, pero no mucho más; un tiempo en el cual el invierno era una estación fría y en el verano hacía calor, en el que no había dos realidades, sino una sola, que albergaba a todos los seres vivientes del planeta Tierra, en el mismo lugar.

Pero luego el hombre no tuvo más conciencia ni piedad. La Tierra se convirtió en un gran basural, con altos grados de toxicidad. La revolución tecnológica acumuló baterías radioactivas que se enterraron sin cuidado alguno y el desastre ecológico se acentuó. La lluvia se convirtió en lluvia ácida y ya nada fue igual.

Después los países más ricos y poderosos se aliaron para crear Platinum: un satélite en el espacio, construido por unos pocos, para escapar del olor a podredumbre que invadió la Tierra cuando el hombre dejó de ser humano y se convirtió en animal. “A tu imagen y semejanza te construiré –dijeron a la Tierra– pero sin toxicidad”.

Una subasta internacional permitió establecer quiénes podrían irse. Cientos de miles lo lograron. A veces uno no es consciente de cuánta gente tiene esa posibilidad. El resto quedó condenado a perecer acá. Fue la era de los suicidios masivos, cuando civilizaciones enteras quedaron abortadas. La época de la lógica de la locura, en la que eran más los que creían que era mejor morir que ir desintegrándose y perder la cordura, que luchar por permanecer erigida, pero que, finalmente, sucumbe, derrotada por la crudeza circundante, imposible de explicar.

El chirrido del metal de la puerta del horno me ensordece y vuelve a traerme a la realidad. En él queman las ropas de los que se llevan. Estamos condenados a morir. O a hacer morir. Depende.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Siento un caño duro en mi omóplato.

—¡Córrete! ¡Que te muevas, te digo!

El dolor me paraliza y, por un instante, me corta la respiración. En eso, los escucho. Los gritos de desesperación son más ensordecedores que los del hambre. No sé de dónde vienen. Entonces veo el humo en el fondo del salón.

—¡Lleven baldes! ¡Rápido! ¡Por allá! Los de los colchones del fondo ya no se pueden quedar más. ¿Es que hablo en arameo? ¡Afuera, dije! ¿O tengo que llamar al Jefe para que se decidan a sacarlos de acá?

Una cuadrilla reacciona con la rapidez de quien sabe que de eso depende su vida. Guerrillas que se mueven al unísono, entrenadas para ello, que responden con su férreo acatamiento a órdenes que parecen venir del más allá.

Gregory llega corriendo. Lo veo entrar con ojos desorbitados. Percibo que el pánico lo atraviesa. Busca en forma desesperada. Suplica, sin hablar. Albert se le acerca. Le hace un gesto con la cabeza. Gregory abre aún más los ojos.

—¿Dónde?

Es difícil poder identificar a los tuyos entre centenares de cuerpos desparramados por el piso, cubiertos de mantas y de polvo, casi pisoteados por otros cientos que sin saber qué pueden hacer, intentan ayudar.

Me encuentra y, casi instintivamente, se me acerca. Él sabe que haré lo posible por evitar que se lleven a su madre. Es mi mejor amigo y entre nosotros esa palabra tiene un peso especial. Su rostro también muestra la fatiga de noches sin dormir. Entre el trabajo en la obra de perforación y las noches que pasa aquí en el galpón, ya casi no puede más. Solo se fue porque lo intimamos. No lo hubiéramos hecho de haber sabido que Platinum volvería hoy para la limpieza general. Me faltan las palabras. Hay días en que la vida duele demasiado y carece de sentido. Son esos días en que es mejor no pensar.

Miro a Gregory a los ojos. Con un gesto de cabeza le digo que me ayude. Tapo la cara de María con una frazada y pongo algunos baldes encima del colchón. También remedios y gasas. Tal vez logremos hacerles pensar que estamos trasladando materiales de limpieza.

Gregory se agacha y juntos empezamos a empujar. Necesitamos sacar a su madre del pasillo principal. Las cuadrillas volverán a pasar por acá ni bien hayan apagado el fuego y comenzarán a inspeccionar los colchones. Siempre empiezan por los que son más fáciles de llevar. Si descubren que María está inconsciente y que delira, la van a sacar. Sin piedad. Sí, toda realidad siempre tiene dos caras. Este es el lugar más aireado, frente a la puerta. Pero también es el camino que más fácil conduce al infierno.

Albert se da cuenta de lo que queremos lograr y empieza a correr colchones para hacernos espacio. Se nos suma Melany. Ya somos cuatro. Tal vez, luego de poner a resguardo a María, podamos ayudar a alguien más.

—Tú, la de blanco. De pie.

El corazón se me paraliza. Sé que debo responder de forma sumisa. También sé que tengo que encontrar cómo desviar la atención de acá. Miro a Albert para que sigan, más rápido. Creo que me entiende. Veo que mira a Gregory y vuelven a empujar. Clavo los ojos en el espécimen que tengo delante. No parece humano. Sé que se llama Jeffrey. Todos los de Platinum tienen su nombre grabado en plateado en el uniforme naranja. También sé que es el que manda. No vi que nadie lo desafiara jamás.

—¿Cuál es tu nombre?

— Kim, señor.

Su mirada me perfora y, a pesar de que sé que no tiene muchos más años que yo, me hace temblar. Siento hervir un sentimiento profundo de odio dentro de mí y quisiera escupirlo. Pero sé que debo contenerme. Nunca lograría vencerlo. Instantáneamente, su cuadrilla me apresaría. Debo respirar hondo. Y aguantar.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis, señor.

—¿Desde cuándo estás acá?

—Tres días. Desde que sonó la alarma general.

—¿Tus padres están acá?

—No, señor. Mi padre enfermó hace cinco meses.

—¿Murió?

—No lo sé, señor. Estaba vivo la última vez que lo vi.

Intento bajar la mirada pero su mano me detiene. Sus dedos ásperos tocan mi barbilla y con un ademán brusco la sube. Respiro hondo, pero la rabia me sale por los poros. Entonces, no lo puedo evitar y vuelvo a hablar.

—Usted se lo llevó. Estaba vivo cuando lo arrastraron por la calle principal y lo subieron al contenedor. ¡Estaba vivo! ¡Tal vez usted pueda decirme si está muerto o no!

Mi cuerpo empieza a temblar y no logro pararlo. Siento electricidad en el brazo y el dolor me produce una mueca involuntaria. Sé que eso no anuncia nada bueno. Siempre aparece cuando me enfrento con situaciones que me enojan. La corriente es hoy más fuerte que nunca. El rostro del verdugo de mi padre se transforma. Sus cejas se levantan, sus ojos se agrandan, su entrecejo parece querer gritar, aprieta los labios con un gesto que dispara odio y rencor.

—¡Ja, ja! ¡Vivo! ¡Nadie sale vivo del contenedor! ¡Acuérdate de eso en tu prueba de IQ, ternerito! ¿O acaso ya la rendiste y por la muerte de tu padre estás condenada a seguir acá? Más vale que te hayas mostrado un poco más inteligente que ahora, si no, prepárate para morir... vos, y todos tus amiguitos, también. ¿O creen que ustedes no se van a contagiar?

Su voz se escucha cada vez más fuerte y más despiadada.

—¡Nada frenará este virus! ¡Nada hasta que nosotros queramos! ¡Y por ahora no queremos! Así que prepárate, preciosa. O te sacas el pasaje para Platinum con tu IQ, o alístate para morir. Ahora, ¡a trabajar!

Con un giro brusco, se dirige hacia el fondo. A su camino, no para de dar órdenes a su gente que, sin siquiera hacer un alto para respirar, levanta frenéticamente todo lo que encuentra a su paso, lo pone en bolsas negras y lo lleva al contenedor. No pasaron ni cinco minutos cuando da la indicación final. Es la hora de volver. Los guardias de Platinum siempre se van antes de que oscurezca. A veces me pregunto si serán alérgicos a la oscuridad.

El ruido de los motores anuncia la partida de la cuadrilla. El galpón queda, por un momento, en silencio, solo interrumpido por lamentos delirantes que no acaban jamás. Las piernas nos tiemblan. Sentimos la extenuación física y mental que sucede a los momentos de tensión, que anuncian que ya nada volverá a ser igual. Nos quedamos allí, mirándonos

partir, tratando de entender. Treinta colchones vacíos de un segundo a otro es demasiado para una pequeña comunidad.

El llamado de Mark, el padre de Albert, nos despierta.

—Vamos, dejemos ahora a las enfermeras. Jóvenes, a casa. Hoy ha sido una jornada larga. Mañana será un día importante para muchos de ustedes. Deben enfrentarlo con energía y decisión.

Ninguno de nosotros tiene fuerzas para discutir. Recogemos nuestras cosas y dejamos, en silencio, el galpón atrás.

CAPÍTULO 2

Mi casa queda enfrente de un pantano. O tal vez, mejor dicho, de una vieja plaza inundada, convertida en barro y desechos. Tal vez el nombre de “casa” también le quede grande. Es más bien una casucha, de dos pequeños cuartos, en uno de esos barrios populares que llaman villas. No hay calles asfaltadas por acá. Solo corredores de tierra en los cuales se acumulan las viviendas de forma desordenada. A nuestro alrededor, todo es gris. El polvo, que no para de volar, ennegrece hasta el secreto mejor guardado.

El reloj de la pared me indica que son las siete de la mañana. Me desperezo y respiro hondo, intentando suspirar. Los recuerdos de anoche todavía me generan un nudo en el estómago. Siempre pensé que los suspiros eran gritos ahogados por un exceso de emoción, imposible de liberar. El cuerpo se me tensa con solo pensar en la mirada de superioridad de Jeff. Me resisto a llorar. Tal vez porque creo que si comienzo, no sería capaz de parar nunca más.

Miro por la ventana. Aún el cielo está oscuro. Sin embargo, los inviernos ya no son tan fríos por acá. En un rato, cuando aclare, saldré para la escuela. El corazón se me oprime y no logro apaciguarlo. Muchos de mis amigos conocerán su destino hoy. Lo determinará el resultado de las evaluaciones de inteligencia y de destreza que nos hicieron la semana pasada. Las llaman Pruebas de Admisión y son una manera indigna de marcar nuestro futuro a hierro, como si fuésemos animales, sin voluntad o determinación.

Los exámenes fueron establecidos hace diez años, cuando Platinum percibió que le hacía falta mano de obra barata para completar las tareas que ninguno de los privilegiados quería realizar. “Necesitamos iniciados”, estipularon. Jóvenes sin experiencia pero de mucho potencial, dispuestos a ponerse al servicio del bien común. Nada de espíritus rebeldes. Solo capacidad de obediencia y de sumisión.

A partir de entonces, todos los primeros sábados de julio, los doctos bajan del satélite y comienza el ritual. A la mañana temprano, los padres que poseen hijos de dieciséis años deben acercarse a la escuela del barrio, con la documentación requerida. Tras una espera que puede durar horas, llega el momento de la inscripción, sin la cual nadie puede rendir las pruebas.

Tres días después, los jóvenes enfrentan un tribunal examinador que busca indagar más allá de lo aparente, que aspira a medir, con complejos aparatos, lo invisible y a encontrar fortalezas en donde, en apariencia, solo hay desidia o flojedad.

Ellos tienen bien claro lo que pretenden: cualidades de lucha interna y externa, resistencia al miedo y al dolor, capacidad de concentración máxima, profundo sentido de auto superación, aptitud para asumir con flexibilidad situaciones límite y para sobreponerse a derrotas fulminantes y, desde ya, tolerancia a la frustración. Más que la vida en el paraíso, si nos basáramos en lo que buscan, Platinum debe ser más parecido a un calvario oscuro y aterrador.

Tras una mañana de vértigo, de llantos de impotencia y de gritos de desesperación, solo los más capaces y los más hábiles lograrán su pasaje a Platinum. Sin embargo, no solo los débiles y los pusilánimes, como les dicen, se deberán quedar. También permanecerán, lo quieran o no, aquellos a los cuales la vida les haya jugado una mala pasada. Los huérfanos de padre o de madre, obligados a contribuir con el sustento de su familia primigenia y con el de la comunidad local. O aquellos cuyos padres hayan sufrido algún accidente que los invalide para apoyar la manutención de su núcleo primario. El cuidado de los más débiles, argumentan los de Platinum, siempre debe ser una prioridad.

La voz de mi madre me vuelve a la realidad.

—A desayunar— me dice en voz baja, para no despertar a mi hermana, y me acerca un vaso de leche tibia.

La tomo casi sin respirar. Sin salir de la cama, me quedo mirando a mi mamá. Todavía se la ve joven. Ha adelgazado mucho en los últimos meses. Su rostro está más puntiagudo y su nariz se ha tornado más aguileña. El turquesa de sus ojos contrasta aún en la penumbra con el color castaño claro de su cabello. Nunca ha logrado dominar sus rulos, por ello prefiere llevar su pelo atado, con un rodete a la altura de la nuca. Todos la llaman Sarai. Su nombre verdadero es Sarah Ian. Es maestra en la escuela de la villa. Adora a los chicos y su paciencia no tiene límites cuando se trata de enseñar.

—¿Todo listo para hoy?

—Sí, creo. Albert está preocupado. No sabes lo enojado que se lo veía ayer. Es que es injusto tener que dejar a los tuyos cuando alguien lo dispone, sin siquiera poder opinar. Es como si te castigarán por ser inteligente o por ser fuerte. No tiene sentido... Al menos

Gregory seguro que se queda acá. Ayer escondimos a María para que no se la llevaran. Pero no estaba bien. Deliraba. No sé hasta cuándo aguantará...

Recuerdo la mirada triste de Gregory cuando se me acercó. Creo que es la primera vez que lo veo así, a él, que nunca pierde el humor.

Tal vez fue eso lo que siempre me atrajo de Greg. Él sabe que me estremezco cuando está a mi lado, sin embargo, ninguno de los dos hace referencia a ello jamás. Es como un pacto secreto. Mi miedo a perder su amistad es tan grande que me contento con estar cerca, mirarlo y conversar. Quién sabe si el destino nos juntará alguna vez...

—Fuiste muy valiente, Kim. Me contó Mark cómo te enfrentaste a Jeffrey. Pero te pido que seas cuidadosa. Mídete cuando vuelvas a verlo en la entrega de resultados. Recuérdalo, por favor. Él y los otros responden a órdenes. Dios no lo permita, pero si sigues reaccionando así, algún día te pueden lastimar. Vamos, a la escuela, ahora, que yo también tengo que ir a trabajar.

Asiento con la cabeza y me preparo para salir.

—Kim, ¡no te olvides el barbijo y el silbato! Anunciaron vientos fuertes para hoy.

Parada a la puerta de mi casa, miro el cielo. Algún día me encantaría conocer el sol. Dicen que en otra época se veía todos los días. Parece que por las mañanas tenía un color dorado y que por las tardes era de un rojo carmesí. No se veía únicamente cuando llovía o cuando el cielo se cubría de nubes grises. Imagino que por entonces la vida debía ser más amable. Mi madre me cuenta que, cuando era chica, veía los rostros de la gente cuando paseaba por la ciudad.

Me abrocho la campera y salgo. Siempre hay mucho movimiento en esta zona del vecindario, en el horario en el que todos salen a trabajar. Hombres en mameluco gris camino a los túneles y refugios en construcción; enfermeras de guardapolvo blanco, ataviadas con la esperanza de salvar a un alma más; linyeras sin viviendas que eligen cuidadosamente la esquina desde la cual suplicarán un poco de pan; caminantes erráticos, víctimas de una sociedad desaparecida, carentes de ocupación alguna, pero todavía con demasiado orgullo como para mendigar; trabajadores informales en busca de algún jornal que les dé un respiro, al menos, hasta el nuevo amanecer. Una marea humana que se mueve a horarios fijos, con precisión exacta, al son de un instinto de supervivencia, pero sin saber bien para qué.

El frío me hace tiritar. Pongo las manos en los bolsillos de la campera y tenso el cuerpo como para darme calor. Creo que allá está Melany. ¿Será ella? Es difícil reconocer a la gente cuando tiene la cara tapada con un barbijo para respirar.

Un día le pregunté a mi madre si alguna vez las cosas serían distintas. Sus palabras me dijeron que sí, pero su mirada me dejó ver que, en realidad, no sabía, que haría todo lo posible para que yo tuviese una vida diferente a la de ella. En ese momento miró a mi hermana y le acarició el pelo. Linda tiene seis años y casi no se da cuenta de nada. Para ella, todo es jugar. Todavía no va a la escolita. Recién a los ocho años empezamos nuestra educación en Argentina. Hasta ese momento, lo único que tienes que hacer es andar por ahí y esperar a que tu familia vuelva a casa. No mucho más. Sentí un dolor profundo por todos nosotros. Y recordé a mi papá.

De repente, siento que algo no está bien. El aire comienza a enrarecerse. Las nubes se amontonan en el cielo. La brisa se espesa. Un perro se me cruza a toda velocidad y casi lo atropello. Me parece escuchar un silbato. Los pájaros estallan en un chirrido estridente. Un nene grita y busca desesperado a su mamá. De repente la veo. La tromba negra se acerca a enorme velocidad. Me estremezco. No, no otro tornado, por favor. Y en eso caigo en la cuenta... ¡Linda! ¡Mamá!

Instintivamente, empiezo a correr en la dirección contraria a la escuela. Sé que debo ir al refugio, pero no puedo. Primero tengo que asegurarme de que ellas hayan oído el alerta y estén bien.

Las diez cuadras que me separan de mi casa me parecen kilómetros. Se respira histeria y desesperación. Alguien pasa corriendo y me pega con un bolso. Doy un pequeño alarido pero no tengo tiempo para detenerme. Siento el piso moverse y oigo un rugido que parece venir desde dentro de la tierra. Corro con todas mis fuerzas. Por poco choco con un señor que no veo venir por mi izquierda. Los silbatos son cada vez más fuertes y más agudos. Eso solo puede significar que tenemos menos de cinco minutos para ponernos a resguardo. Los árboles empiezan a zarandearse. Las bolsas de basura vuelan y desparraman suciedad. Los carteles ya se mueven más de lo que podría ser normal. Dos cuadras más y ya estoy. El barbijo me protege la garganta, pero nada puede hacer con los ojos que me arden y que empiezan a llorar.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Linda!

Empiezo a gritar. Me doy cuenta de que aunque las tuviera a unos pocos pasos, no las vería. El polvo vuela formando círculos en el aire y, con cada segundo que pasa, su espesor es mayor.

—¡Kim, Kim! ¡Acá!

La voz de Linda llega a mí desde la puerta de la casa. El corazón se me acelera aún más y corro casi sin tocar el piso.

—¡Linda! ¡Pequeña! ¡Ven, vamos! ¿Y mamá? Dime que no se ha ido a trabajar...

Su carita se mueve de arriba para abajo y afirma lo que me temía. Y ahora, ¿en dónde de la encuentro? Los ojitos de Linda están rojos de llorar. El corazón me late aún más fuerte. Ya no hay tiempo. Ahora tengo que llevar a Linda al refugio. La tomo en brazos para que se calme.

—Vamos a buscar a mamá. Pero tienes que caminar, ¿sabes? ¿Dónde está tu barbijito? Pongámoslo, rápido, ven por acá. ¿Hacemos una carrera de la mano? A la una, a las dos y a las...

Sin escuchar el tres empezamos a correr. El viento es aún más fuerte y casi no podemos ver. Nos cuesta avanzar. Tengo los ojos entrecerrados para evitar que el polvillo los irrite aún más. Unos metros adelante, un poste de luz se cae. El cartel del almacén se desprende y empieza a volar. Veo que una nena pequeña se suelta de la mano de su mamá. Las ráfagas huracanadas lo empiezan a llevar. Un señor mayor la agarra. La nena lanza un grito mudo. Su madre aparece corriendo y lucha por acercarse a ella. Todo es polvo y desesperación.

—¡Kim, Kim, para! No puedo respirar.

—Vamos, pequeña, falta poco. Cuando esto pase, te prometo un helado enorme con salsa de chocolate y fresas solo para ti.

El refugio está a una cuadra. El cielo ya está completamente negro y la gente grita cada vez más. Los perros no paran de ladrar. Las puertas empiezan a golpearse y alguien grita:

—¡Cuidado! ¡Al piso!

Tiro de la mano de Linda y la arrastro al suelo, para protegerla con mi cuerpo. Rasando nuestra cabeza, un tacho de basura vuela como si no existiese la gravedad.

La tromba del tornado se acerca cada vez más.

—¡Vamos, Linda! ¡Ya casi llegamos! ¡Por acá!

Doblamos en la esquina y por un momento sentimos que el viento había parado. Pero no. Dos pasos más y es aún peor, tan fuerte que casi me corta la respiración. Con todas mis fuerzas trato de retener la manito de Linda, pero siento que se me escurre, cada segundo, un poquito más... Dios, no me separes de ella. Por favor, no antes de que encuentre a mamá.

CAPÍTULO 3

—¡Adentro, adentro! ¡Vamos! ¡No se detengan! Los niños primero, por acá.

El refugio está oscuro. En el interior, el ruido es ensordecedor. Veo a la mamá de Thomas, mi vecino. Tiene la pierna cortada. Seguro se ha caído al intentar llegar. Pero no veo a Thomas. ¿Habrá llegado a la escuela? Linda llora penosamente. Le acaricio la cabeza, pero nada la tranquiliza. Necesito encontrar a mi mamá...

A medida que entramos, el aire está cada vez más viciado. La gente se amontona y sigue entrando a raudales por el estrecho corredor. Al final del pasillo, el espacio se ensancha. Una nena está sentada en los brazos de su madre, que le pone paños fríos en su cabeza. Debe tener fiebre. Dos nenes juegan con piedras en un rincón. Se las pasan como si fuesen monedas que uno pierde y el otro aprovecha para ganar. Una mujer —creo que vive cerca de mi casa— llora de forma desconsolada cerca de una columna. Escucho a alguien decir que a su marido lo habían llevado en la última limpieza. Dos ancianos se dan la mano, sentados sobre unos cajones. Se los ve cansados. Tal vez se pregunten por el destino que les ha tocado vivir.

—Linda, escúchame. Por allí está la madre de Albert. Te voy a llevar con ella. Seguro que mamá nos está esperando afuera. La busco y vengo. Vamos, quiero que te quedes como una buena nena, acá.

—Kim, quiero ir con vos.

—No, no. Afuera hay mucho viento y no quiero que te lastimes. Vuelvo enseguida. Créeme.

Antes de que pueda contestar, me acerco a Mirta y le entrego a Linda. Ella la toma de la mano. Ojalá no la suelte hasta que regrese. Paso entre la gente, haciéndome lugar con los codos. Alguien da un grito. Debo haberle pisado el pie.

Cuando llego a la puerta, tengo que convencer a Juan, el encargado de la seguridad del barrio, que necesito salir.

Un estruendo causa un silencio general en el galpón. Las caras se visten de blanco, se siente un hondo respiro colectivo y alguien pregunta de quién habrá sido el techo que voló. En pocos segundos, todos vuelven a hablar. Cuando las desgracias ocurren tan a me-

nudo como en Argentina, casi las conviertes en parte de tu vida y son un dato más de la realidad.

—Kim, no puedes. Afuera el viento llega a más de cien kilómetros por hora. Es una locura salir.

Juan es unos años mayor que yo. Íbamos a la misma escuela, pero hace dos años dejó de estudiar. Nunca conversamos demasiado, pero en más de una ocasión fuimos y volvimos juntos. La villa es como un pueblo chico donde todos se conocen, casi como un enorme grupo familiar.

—Ya sé, pero tengo que encontrar a mi mamá. Debe estar desesperada buscándonos. Si no la veo en una o dos cuadras, vuelvo. Palabra. Cuida que Linda no salga, por favor. Está con la mamá de Albert, por allá— le digo, al tiempo que apunto a algún lugar de la penumbra.

Al salir del refugio, el viento es tan fuerte que debo agarrarme de la puerta para no caer. Me ajusto el barbijo. Siento que en cualquier momento se va a volar. Me refriego los ojos y recién puedo ver. El panorama de desolación es total. La basura de los tachos vuela por todas partes. En la mitad de la calle hay una silla y una muñeca tirada. Los carteles de propaganda, que estaban colgados de algunos techos, están tan doblados como ninguna fuerza humana lo hubiera podido hacer. Un poco más adelante veo vidrios en el piso. Levanto la mirada. No queda casa con ventana. Árboles caídos interrumpen la mitad de la acera y debo dar una vuelta para avanzar. La calle está vacía. Trato de ir pegada a las paredes. Intento caminar más rápido pero el viento me detiene. Otra vez siento pinchazos de electricidad en mi cabeza y el brazo me late hasta hacerme retorcer de dolor. Nunca supe por qué me pasa esto. Son como agujas que se me clavan y me ponen en alerta. Al instante desaparecen y las siento en otro lugar. Siempre coinciden con momentos donde no puedo manejar la realidad. No veo a mi mamá por ningún lado. Me pregunto si no estará en el galpón, tratando de ayudar.

Un grito desesperado me hace detener en seco. Es una nena... Linda... Giro la cabeza, instintivamente, hacia el lugar de dónde provino la voz. Corro hacia una de las casas de la esquina para tratar de escuchar mejor. El llanto angustiado me hace temblar.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Déjenme! Que alguien me ayude, por favor...

Una voz de hombre, áspera, se mezcla con el sollozo. Tengo que ir hacia allá... Mamá, ¿dónde estarás?

—Ja, ja... ¡Para de gritar y de patear! Con este viento, ni los pájaros te pueden ayudar. Quédate quieta, nenita. ¿No ves que es peor? A ver, dame tu manito, para acá... ¡Para de patear! Para, te digo, o lo vas a lamentar.

—Necesito ayuda... alguien... por favor...

La vista se me nubla y comienzo a temblar. Escucho ruidos de metal y el miedo me recorre el cuerpo. Por favor... que no la lastimen. El viento me detiene y me impide avanzar. Intento correr más rápido, pero mis zapatillas parecen tener abrojos. No logran levantarse del piso a la velocidad que mi mente quiere que se muevan mis pies. Por un momento, me olvido de mi mamá. Solo tengo la imagen de Linda y me odio por haberla dejado sola... La voz es cada vez más clara. Los ruidos de metal se hacen más violentos. Debo estar a pocos metros, tal vez...

—Mira como llora la nena, Jeffrey... ¿No te da lástima? A ver un pucherito... Dame ese brazo, ¡vamos, no tenemos tiempo que perder!

Jeffrey, no, no él, otra vez... No puedo creer que sean dos guardias... ¿Cómo voy a hacer? Giro en la esquina y al fondo del callejón los veo. La nena está tirada en el piso y patalea sin parar. No puedo verle la cara...

El viento sigue rugiendo y se embolsa, ahora que estoy en el callejón. Jeffrey y el agente que lo acompaña, están inclinados de espaldas a mí, tratando de agarrarle los pies. Esto me dará tiempo antes de que me descubran. Veo un fierro en el piso. Parece ser parte de un poste. Lo levanto despacio, tratando de no hacer ruido. Los oídos se me tapan. Debo pensar rápido si quiero detenerlos. Hay una camioneta estacionada en la mitad de la calle. Voy a tratar de esconderme detrás. Pero ¿qué están haciendo?

Y entonces lo veo. Dos esposas rodean las muñecas de la nena. No es Linda, pero tiene su edad. No logro reconocerla. Tiene la cara roja y manchas de sangre en la campera. No para de llorar y la tos no la deja respirar. Pero ¿qué pretenden? Tengo que ayudarla...

—Que te quedes quieta, ¡carajo!

Jeffrey levanta un palo alto y está a punto de pegarle en la cabeza cuando salgo corriendo de atrás de la camioneta con el poste en la mano y grito con todas mis fuerzas, como si de ello dependiera todo lo que a la nena le pudiera pasar. Rápidamente percibo que

mi alarido logra captar su atención. Jeffrey gira violentamente y tras un microsegundo de desconcierto logra verme y sin pensarlo, tras un ¡No la sueltes!, se lanza contra mí. Su tamaño me duplica y sé que voy a estar en problemas. Tomo el palo de hierro con las dos manos, de forma horizontal, y lo cruzo, como si fuese una lanza. Con un salto, se abalanza contra mí y logra encerrarme contra la pared. El fierro que se suponía iba a defenderme se me clava en el estómago y me deja de llegar el aire. La nena sigue gritando, cada vez más fuerte, con bramidos de terror.

No logro sacarme a Jeffrey de encima y por sobre su hombro, mientras trato con todas mis fuerzas de darle patadas que logra esquivar, escucho un aullido que viene de atrás y un ruido que impacta de forma estrepitosa sobre mí. El mundo empieza a dar vueltas. Un segundo golpe en el estómago me corta la respiración. Se me doblan las rodillas y creo que me voy a desmayar.

Por detrás, escucho una voz de mujer y, con las últimas fuerzas que me quedan, giro la cabeza. Jeffrey me suelta, instintivamente, como un perro que olfatea el peligro y se aleja tres pasos para atrás.

—Pero ¿qué está pasando? Kim, por Dios, ¿qué haces acá?

Su voz parece desconcertada. Caigo al piso de cuclillas y trato de normalizar la respiración. Mi madre corre hacia mí, se agacha y me aferro a ella con tantas fuerzas que se tambalea para atrás.

Jeffrey da media vuelta y se sube a la camioneta.

Escucho voces confusas y veo a Juan y a otros vecinos acercarse hasta acá.

—Linda, mamá, Linda está...

—Está bien, Kim, tranquila, está con Mirta, como la dejaste. Tranquilízate. Ya estás con mamá.

El motor de la camioneta se enciende y mi cuerpo se tensa.

—¡Mamá! Se la llevan, mamá detenlos, mamá por favor...

Los vecinos corren para bloquear el callejón.

—¡A un lado!—la voz de Jeffrey se escucha cortante—. Está infectada. Olvídense de ella. ¿Es que acaso no lo entienden? Si la dejamos acá, ¡piuf! ¡Chau, Argentina, para siempre! ¡Limpieza! ¡Limpieza! Deberían ser ustedes los que nos avisen. En lugar de eso, somos nosotros los que tenemos que andar en busca de estas ratas enfermas para evitar que

todos se contagien y el mal sea mayor. Haga callar a su hija, señora. Dos veces en la misma semana es mucho. Espero no volver a encontrarla, porque la próxima, es carne de cañón.

El motor vuelve a rugir. Los vecinos se corren para dejarle paso. Mi mamá me aprieta contra su pecho. Me quedo sin palabras. No puedo creer que nadie haya hecho nada para detenerlo.

—Pero mamá se va... Se lleva a la nena... Es chiquita.... Por favor...

—Kim, tranquilízate. No hay nada que podamos hacer.

Cierro los ojos y empiezo a llorar. No entiendo... por qué no hacen nada... Algo se quiebra adentro. El viento sigue rugiendo. El mundo se vuelve oscuro. Pero no tanto como la propia realidad.

CAPÍTULO 4

La entrega de los resultados del test de IQ se pospuso una semana. El tornado destruyó casas, negocios y dejó un desastre atrás. Nos dieron unos días de tregua para reacomodarnos. Pero ayer lo anunciaron. Hoy es el día y ya no hay marcha atrás.

Mi mamá me está preparando el almuerzo. Veo preocupación en su rostro, mientras sirve los platos.

—Kim, no tiene sentido que vayas. Seguro que te ha ido bien en las pruebas, pero ¿qué cambia? Ya sabes lo que dice la ley.

Dejo mis cuadernos, en donde estaba finalizando una tarea, y levanto la vista. Me quedo pensando, como si me enfrentase con esta idea por primera vez. Claro que lo sé. En realidad, lo supe desde que se llevaron a mi papá. Tal vez sea mejor así. Tener un destino cantado, te evita el miedo a lo que puede venir. Mi vida será simple: estudiaré, trabajaré, me casaré, tendré un hijo y luego perduraré; no mucho más. ¿Acaso no ocurre eso a los que se quedan acá?

—Es que le prometí a Gregory ir... Quiero ver a mis amigos...

Me siento a la mesa. Mientras revuelvo la sopa, no puedo dejar de pensar en la nena que se llevaron los agentes de Platinum. ¿Por qué? Y lo que es peor, ¿para qué? ¿Cómo puede ser que nadie haya evitado que la pusieran en ese camión? Después de retirar los resultados, voy a ir a hablar con el padre de Albert. Tal vez él pueda decirme qué está sucediendo. Estoy segura de que esa nena no estaba infectada...

—Kim, te estoy hablando... ¿A qué hora debes estar?

—... Ah, perdón. A las tres. Si, ya voy. Ahora me preparo.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo?

—No, gracias. Te prometo que no voy a desafiar a nadie esta vez. Es un ratito. Recojo el sobre y vuelvo para acá.

Mi madre siempre está atenta. A veces pienso que no logra relajarse. Siempre piensa que algo malo puede pasar. Protegernos a mí y a mi hermana es su obsesión. Tal vez tantos años de tener un silbato colgado al cuello en espera de que suene una alarma, la hicieron

así. Cuando vivís en estado de miedo permanente, hasta cuando duermes, puedes percibir lo que pasa a tu alrededor.

Ya son las dos. Será mejor que me apure si quiero llegar. Tomo el barbijo y el silbato. Luego de un rápido beso a ella y un mimo en la cabeza a Linda, me voy. Cuando salgo, no dejo de sorprenderme con cuánta rapidez la vida puede volver a la normalidad.

Vienen a mi mente las palabras que Mark nos dirigió cuando nos preparaba para las pruebas y me pregunto si serán verdad.

—En dos semanas, ustedes pasarán por el momento más importante de su vida. Algunos podrán partir, otros, permanecerán. Pero todos deben intentarlo. Platinum no es un mundo de rosas, según cuentan, pero es la esperanza para que el día de mañana, también Argentia pueda salir del barro y de la suciedad. Los que se vayan, tendrán el futuro asegurado: vivirán en un tiempo y un espacio en el cual no existe el hambre, la pobreza o el dolor...

La puerta de la escuela está abarrotada de gente. Escucho una voz que me llama. Es Margaret que está sentada en las escaleras, apoyada en la columna de la entrada. Siempre usa la misma pollerita corta con medias largas. Y después se queja cuando los varones se propasan con ella. Subo con desgano los escalones hasta donde está. Nunca nos llevamos bien. Parece que se empeñara en hacerme la vida difícil. Pero hoy voy a dejar todo atrás. Tal vez ella también se vaya y no nos volvamos a ver.

—Hola, Maggie. ¿Ya entraste?

—¡Ni loca! Adentro están a los alaridos. Uno de los de guardias le dijo una barbaridad a una de las profesoras y ardió Troya. Hasta que no se calmen, no entro ni dormida. ¿Te quedas conmigo?

—¡Son unos animales! Te juro, me tienen harta. Creen que el mundo es de ellos. Cada vez que vienen, un desastre distinto. El otro día, en el galpón, por poco se llevan a la mamá de Gregory. Ayer, se llevaron a una nena chiquita. No sé ni quién era, pero fue espantoso. ¿Sabes qué? Algún día...

—¡Ja! ¡Ahí está la justiciera Kim! ¡Ella contra el mundo hostil! ¡No seas ridícula! Siempre igual. Mejor, voy entrando. Si no, eres capaz de quemar todo y me quedo sin saber si podré irme.

—Ni que todo fuera tan terrible acá. Pero ¿qué les pasa a todos? Como si la única escapatoria fuese irse...

—Justiciera y abnegada. Kim, ¿no te das cuenta de que si te quedas, solo puedes fracasar? A ti no te preocupa porque no tienes otra posibilidad. Pero bien que si no fuese por lo de tu papá, te hubieras ido. ¡Doble motivo para llorar! El mejor promedio del grado y la capitana del equipo de fútbol, destinada a vivir en las sombras de Argentina, por siempre jamás ¡Pobrecita, Kim, qué pena que me das...!

La maldad a veces nos sale por los poros, aunque no lo queramos. En fin... todos estamos tensos por los resultados. Y Maggie, más. Nunca logró destacarse en nada y las pruebas de IQ no perdonan. Si demuestras inteligencia o fortalezas de algún tipo, te vas, sino, olvídate, pequeña, como diría Jeffrey. No sé cómo cree que podrá irse. ¿Por qué le cuesta tanto ver la realidad? ¡Sin ella acá creo que viviríamos todos más tranquilos! A veces logra ser insufrible.

Pero en algo tiene razón. Si no hubiese sido porque mi padre enfermó y se lo llevaron, hoy no tendría opción. Nadie puede elegir su destino, si el destino no te elige a ti. ¿Me hubiese gustado ir?

—¡Kim, Kim!—la voz inconfundible de Gregory me hace girar. Se lo ve más recompuesto que hace un par de días. Lleva una remera roja a rayas. Me quedo anclada en su mirada. No lo puedo evitar. Espero no me haya visto suspirar. Sus ojos siempre han tenido sobre mí un influjo especial. A veces me quedo minutos mirándolo, hasta que me doy cuenta de que la situación se torna extraña. Entonces, siempre algo me despierta y vuelvo a la realidad.

—Hola, Greg. ¿Cómo está tu mamá?

—Más o menos. Vengo de allá. Ahora está con mi papá. ¿Albert llegó?

—No lo vi. Me encontré con Maggie. Destiló un poco de veneno, y después entró. ¿Vamos? En un rato tengo que volver a casa. Quédate al lado mío, ¿por favor? Le prometí a mi mamá que no iba a hacer ninguna escena. Ojalá no me encuentre con Jeffrey. Cada vez lo soporto menos y no estoy segura de poder guardar el control.

Gregory asiente con un movimiento de cabeza y una sonrisa. Lo miro agradecida, le doy un golpecito en el pecho con el puño, como hacíamos cuando éramos chicos para dar-

nos ánimo y, al mismo tiempo, me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado ya de eso y de cuánto hace que no lo veo sonreír.

Adentro todo es silencio. En las paredes de los pasillos están pegados los listados que nos indican a qué aula debemos ir. Los chicos se amontonan como si quisieran descubrir cuanto antes cómo será su vida de ahora en más. Alguien me empuja y me clava el codo en la costilla. Ni se inmuta. ¿Por qué no ordenarán esto de otra manera? Finalmente, por encima del hombro de un chico de otra división, encuentro mi nombre. Seis-cinco-siete. Creo que esa aula está en el primer piso. Voy a esperar a Gregory. Lo veo en el otro extremo. Tampoco a él le está siendo fácil acercarse para ver a qué aula tiene que ir a retirar la comunicación.

La escuela es bastante grande. Es el edificio en mejor estado de todo el barrio. Hace algunos años, vinieron de Platinum a repararla. Veinte jóvenes que arreglaron paredes, las pintaron y cerraron las goteras del techo. Dijeron que era una cuadrilla solidaria. Para mí, había otro propósito. No les creo que lo hicieron por buenos y misericordiosos. Nunca vi en ellos ni un asomo de deseo de ayudar. De todas formas, gracias a que repararon todo, ahora, cuando llueve, podemos estudiar. En el piso de abajo están las aulas de primero, de segundo y de tercer año. Arriba las de cuarto y las de quinto y la sala de los recreos. Hay más aulas para los años inferiores que para los superiores. No se necesitan. Son muchos los que a mitad de camino dejan de estudiar.

Mientras espero, no puedo evitar recordar. Muchas veces, antes de que se llevaran a mi papá, imaginé este día. Me acuerdo que hacíamos apuestas con Gregory y con Albert para ver quién sacaría el mejor puntaje. Los escribíamos en papelitos, los poníamos en una bolsa y, por turno, los íbamos sacando y nos asignábamos a las distintas áreas de Platinum. Por lo menos, a las que conocemos. Pienso en nuestras risas y se me pone la piel de gallina. El futuro solo parece divertido cuando está a años de hacerse realidad.

A mí siempre me mandaban al centro de control. Yo me enojaba porque creía que en ese lugar se estaba solo todo el día, pero no les importaba. Ellos decían que siempre pretendía dirigir todo lo que hacíamos, así que, tenía que ir para allá. Gregory quería ir a la guardia de seguridad. Todavía hay en él un instituto guerrero a flor de piel. ¿Sería eso lo que lo hacía tan atractivo? Yo insistía que esa tenía que ser su función. En definitiva, su rol sería protegerme. Muerdo mis labios y trato de que la sonrisa que me sale se haga imper-

ceptible. No sabría qué decirle si me pregunta en qué estoy pensando. Lo más divertido era cuando le tocaba el turno a Albert. Se enfurecía cuando le decíamos que se tenía que quedar en Argentina para cuidar a los demás. Siempre lo hacíamos protestar. Las vueltas del destino. Ahora es el único que se va. Lo vamos a extrañar.

—Vamos, Kim. En el primer piso. Seis-cinco-cuatro.

En un rincón, vemos a Maggie, agachada, en cuclillas. Me parece que está llorando. El sobre abierto está en el piso. Al lado, tirado, un papel. Tiene la cara escondida entre las manos. Tironeo del brazo de Gregory.

—Choque violento contra la realidad—me dice—. Ven, vamos a buscar los nuestros. Veamos si vemos a Albert por allá.

Gregory me pone su mano en mi hombro. Me pregunto si solo lo hace por amistad.

Subimos sin ganas las escaleras. Albert no está tampoco por acá. Es raro que no haya venido. El aula de Gregory está al final del pasillo. Como vemos que no hay cola, vamos primero para allá.

—Apellido— masculla el guardia sentado a la mesa.

—Salom— responde Gregory en voz baja.

El guardia no levanta la cabeza del listado. Por su tonada, imagino que nació acá. Debe tener entre veinte y treinta años. Con parsimonia, busca el sobre en una caja que tiene a su costado. Todavía quedan más de la mitad sin retirar. Gregory busca mi mano y la aprieta con fuerza. Siento que está transpirada. Es raro. No pensé que le importase. Su destino, igual que el mío, es permanecer acá.

—Gregory Salom— confirma el oficial—. Acá está. A ver... a ver...

Los ojos le brillan y, con indignación, veo que intenta abrir el sobre. Su boca toma un tinte burlón de quien sabe que tiene tu destino en sus manos, pero no te lo quiere contar.

—¡Ni se te ocurra!— espeta Greg y le saca el sobre de un tirón. Le aprieto la mano para que frene. El odio de su mirada es tal, que creo que si el guardia lo provoca un segundo más, lo va a arrojar contra la pared. Es increíble cuán rápido te adoctrinan allá arriba y te hacen olvidar de dónde provienes. Así siembran la división entre nosotros. Como si fuéramos dos bandos distintos.

—Vamos, Kim. Este acaba de salir de la jaula. Los humanos parece que están por allá.

Hace algunos años, Greg y yo nos hicimos una promesa. Sabíamos que este momento llegaría y nos prometimos vivirlo juntos. Era una forma de proteger, más allá de los resultados, nuestra amistad. Iríamos abajo del puente por el cual entran los de Platinum. Desde allá, se ve el satélite. Haríamos piedra, papel y tijera. Con los ojos cerrados, yo abriría su sobre y él, el mío. A veces, el futuro es mejor tomarlo con humor. Con el paso del tiempo, todo eso perdió sentido. El padre de Greg perdió una pierna en un accidente de moto. Greg dejó la escuela y empezó a trabajar. Ya no había posibilidad de Platinum para él. Solo podía irme yo. Hace un año, eso también cambió. Mientras vamos a buscar mi sobre, me pregunto si tiene sentido ir al puente. ¿Será una forma de honrar nuestra amistad?

Cuando nos acercamos al aula, veo a Timothy en la fila. Está muy nervioso y taciturno desde que se llevaron a su mamá. Él sabe que también su destino ha cambiado. Tenía todo para irse. Es capaz y tiene buen estado físico. Hubiera sido un candidato ideal. Creo que hasta quería salir de acá.

—Tim, ¿lo viste a Albert?— le pregunta Gregory, todavía con bronca acumulada. Mueve la cabeza, negando. Me pregunto si volverá a hablar.

Al menos, la fila de mi aula avanza rápido. Ya quiero volver a casa. Por suerte, no veo a Jeffrey. Debe estar abajo o tal vez le dieron franco. Tal vez creyeron que esta actividad era demasiado rutinaria para que pudiese sacar a lucir su maldad.

—El siguiente.

La voz suena estrepitosa y me sobresalto. Greg me mira y me sonrío.

—Vamos, retíralo y huimos de acá.

Cuando salgo del aula, Gregory está sentado en el piso. Me acerco y me siento a su lado, sin muchas ganas de hablar.

Levanta la vista del sobre y me mira, con sus ojos color canela, que me cortan la respiración. Lo miro sabiendo que tal vez no me guste lo que voy a escuchar.

—¿Sabes, Kim?— sus palabras tienen un tinte distinto, difícil de explicar—. A veces me pregunto cómo será la vida allá. Tanta gente que va y vuelve y nunca podemos enterarnos de nada. Tal vez, ahora que se van nuestros amigos, podamos saber qué es lo que realmente está pasando... ¿Será tan malo, en realidad?

En su tono sentí algo de resignación. ¿Es que en serio quería irse? Nada me dolería más. No creo que llegue a pasar nada entre nosotros. Si lo sé cerca, no me importa. Me con-

formo con su amistad. Pero si se fuese, ya nada sería igual. Respiro con alivio. Los dos sabemos que no se va.

Nos ponemos de pie y sin mencionarlo, salimos. No me animo a preguntarle, pero veo que no hace falta. Como si el acuerdo tácito se hubiese hecho presente, nos dirigimos al puente, en silencio.

Ya son las seis y está empezando a oscurecer. Llegamos, casi sin hablar. Como si la realidad nunca pudiese ganarle a la imaginación, nos miramos, sabiendo que la escena estuvo programada durante años, casi sin querer. Nos paramos en el lugar exacto, junto al poste que marca la división entre el territorio habitable de Argentina y el más allá. Le doy mi sobre y él me da el suyo. Siento que se me caen las lágrimas.

—Vamos, Kim—me dice, como si llorar estuviese fuera de lugar.

Acaso tenga razón. Pero no lloro por el sobre, sino por todos los años que esperé para estar acá.

—Piedra, papel y tijera— repetimos los dos al mismo tiempo. Una vez más, gané yo. Estoy segura de que me deja ganar.

Gregory me entrega su sobre. Lo miro a los ojos. Hay tantas cosas que me gustaría decirle. Pero, mejor, ahora no. Las manos me tiemblan. ¿Y si hubiese habido algún error y tiene que irse? Respiro hondo y lo abro. Una vida, a un segundo de distancia. Sonrío, lo miro aliviada, y me lanzo encima de él.

—Ahora sí, todo está bien.

Le entrego mi sobre con una sonrisa. Estoy tan contenta que empiezo a hacer medias lunas sobre el pasto. Gregory me mira como si me hubiera vuelto loca. Sonríe con el sobre en la mano. Mueve la cabeza de un lado al otro, como si yo fuese un caso perdido. Sigo dando volteretas y me subo a un árbol que está detrás de él. El cielo sigue gris y cada vez está más oscuro, pero ¿qué más da? Mi peor miedo, ya pasó.

Gregory sigue allí parado. Veo que abre el sobre y desdobra el papel con cuidado. Siempre es tan parsimonioso.

—Kim— lo escucho a la distancia.

—¡Deja el papel ya! Vamos, Greg. ¿A que no te animas a subir acá?

—Kim— vuelve a decir. Y sigue sin darse vueltas.

—Okey, ahora voy.

Cuando me acerco, gira. Sus ojos tienen lágrimas. Algo parece no estar bien. Las manos le tiemblan. No entiendo qué pasa. Sin una palabra, me da la comunicación.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

BICKHAM, J.M., (1993) *Scene & Structure*, Ohio: Writer's Digest Books.

BRADBURY, R., (1992) *Zen in the art of writing*, United States of America: Bantam Books.

CALKINS, L.; TOLAN, K. (2010) *Navigating Nonfiction in Narrative and Hybrid Text*, Portsmouth: Heinemann.

CASSANY, D. (2011) *Describir el escribir: cómo se aprende a escribir*, Buenos Aires: Paidós Comunicación.

DIBELL, A. (1988) *Plot*. Ohio: Writer's Digest Books.

EPEL, N. (1993) *Writers Dreaming*. New York: Vintage Books.

GARDNER, J. (1983) *On becoming a Novelist*. New York: Harper & Row Publishers, Inc.

GARDNER, H. (1993) *Las inteligencias múltiples*. New York: Basic Books.

GUTHRIE, JR. (1991) *A field guide to writing fiction*. New York: Harper Collins Publishers.

MEREDITH, R.C. y FITZGERALD, J.D. (1993) *Structuring your novel*. New York: Harper Collins Publishers.

SAFIRE, W. y SAFIR, L. (1992) *Good Advice on Writing*. New York: Simon & Shuster, Inc.

TRUBY, J. (2007) *The Anatomy of Story*. New York: Faber and Faber, Inc.

REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

BIBLIOTECA DIGITAL CIUDAD SEVA. Opiniones y consejos de los maestros sobre el arte de narrar, [Consultado el 1 de mayo, 2014]

Disponible en:

www.ciudadseva.com/textos/teoria/maestros.htm

GATICA OSORIO; M; CASTILLO. Talentos vs. Inteligencias múltiples, [en línea], [Consultado el 1 de mayo, 2014]

Disponible en:

www.asociacioneducar.com/.../castillo-gatica.pdf

MOORE, R.J (2011) “¿Cuántos datos se crean al día en Internet?”, Diario El Mundo.es, 8 de agosto, 2011.

Disponible en:

www.elmundo.es/elmundo/2011/02/08/navegante/1297179889.html